COLECCION

DE LAS

MEJORES COMEDIAS

DEL

TEATRO ANTIGUO

Y MODERNO ESPAÑOL.

MADRID:

—

Libreria de D. José Cuesta, calle Mayor, en donde se hallará un surtido de mas de cuatro mil títulos del teatro Antiguo Español, y todas las del teatro moderno y un gran número de sainetes, entremeses, unipersonales y piezas en un acto.

Comedias del Teatro antiguo del tamaño de 4º.

Abre el ojo ó aviso á los solteros.
A buen padre mejor hijo.
Anillo de Gijes (tres partes).
Antes que te cases mira lo que haces.
Armas de la hermosura.
Aspides de Cleopatra.
Baron (el).
Boba para los otros y discreta para sí.
Bruto de Babilonia.
Buscona ó el Anzuelo de Fenisa.
Café (el) ó la comedia nueva,
Casarse para vengarse.
Castigo de la miseria.
Cerco de Roma.
Conde de Saldaña (dos partes).
Con quien vengo vengo.
Criado de dos amos.
Dar la vida por su dama,
Defensor de su agravio.
De fuera vendrá quien de casa nos echará.
Delincuente honrado.
Del rey abajo ninguno.
Desdén con el desdén.
Dómine Lucas.
Emperador Alberto.
Fuerza lastimosa.
Garrote mas bien dado.
Genízaro de Hungria.
Hijos de Edipo ó Polinice.
Huerfanita ó lo que son los parientes.
Job de las mugeres Sta. Isabel.
Juramento ante Dios.
Licenciado vidriera.
Lindo D. Diego.
Lo cierto por lo dudoso.
Mayor Mónstruo de celos.
Mágico de Salermo.
Mas ilustre fregona (cinco par
Mejor alcalde el rey.
Misantropía y arrepentimient
Mónstruo de la fortuna.
Muger de dos maridos.
Negro de mejor amo.
Negro mas prodigioso.
No hay cosa buena por fuer
Otelo ó moro de Venecia (tr
Pintor finjido.
Por la puente Juana.
Primero es la honra.
Príncipe prodigioso.
Raquel (tragedia).
Reinar despues de morir.
Renegado de Carmona.
Rosario perseguido.
Sábio en su retiro.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Secreto á voces.
Señorita mal criada.
Señorito mimado.
Sí de las niñas.
Si una vez llega á querer.
Tercero de su afrenta.
Trampa adelante.
Travesuras son valor.
Triunfo del Ave Maria.
Valiente justiciero.
Ver y creer.
Vida es sueño.
Viejo y la niña.
Zeloso y la tonta.
Acrisolar el dolor.
Convidado de piedra.
Inocencia triunfante.
Mas heróico español.
Mas vale tarde que nunca.
Perder el reino y poder.
Rencor mas inhumano.
Restaurar por deshonor.

UNA REINA

Y SU FAVORITO.

DRAMA EN CINCO ACTOS,

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

Por D. Gaspar Fernando Coll.

MADRID:
IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN È HIJOS.
1841.

PERSONAGES.

CRISTINA, reina de Suecia.
PAULA.
EBBA.
EL CONDE JUAN DE MONALDESCHI.
SENTINELLI.
CARLOS GUSTAVO.
EL CONDE DE STEINBERG.
EL BARON DE STEINBERG.
EL CONDE MAGNUS DE LA GARDIE.
OXESTIERN.
GUEME.
PIMENTEL.
EL CONDE DE BRAHE.
FLEMING.
CORNEILLE.
LA CALPRENEDE.
EL PADRE LEBEL.
CLAUTER.
LANDINI.
SOLDADOS, PUEBLO ETC.

Los dos primeros actos pasan en Stockolmo; los tres restantes en Fontainebleau.

716472

ACTO PRIMERO.

Salon en el palacio de Stockolmo, una puerta en el foro por la que se ve el mar.

ESCENA I.

MONALDESCHI, SENTINELLI, GUEME FLEMING, PIMENTEL, MAGNUS DE LA GARDI, STEINBERG, *el baron de* STEIMBERG, *á poco* CRISTINA, *el* PAGE, CORTESANOS.

BAR. (*Colocando á los cortesanos que se agolpan á la puerta de la cámara de la reina.*) La reina va á salir, y la etiqueta exige que os aparteis de esta puerta. Apartaos.

DOS PAGES. (*Entran y se colocan á cada lado de la puerta*) ¡La reina!

FLE. (*Saliendo al encuentro de la reina que sale con Ebba.*) ¡Oh! señora, el sentimiento, el temor...

CRIST. He advertido, almirante, al visitar mi escuadra, que los buques ingleses que hay en el puerto tienen menos casco y mas velámen que los nuestros; sin duda será esta la razon porque surcan con mas ligereza las aguas.

PAGE. (*Entrando pálido, y abriéndose paso por entre los cortesanos.*) ¡Monaldeschi!.. (*Le vé, y corre á donde está.*) ¡Marqués!

MON. (*Estremeciéndose.*) ¿Qué haces, Paula? ¿por qué has penetrado hasta aqui? ¿no conoces que me pierdes?

PAU. (*Retrocediendo.*) ¡Señor!

CRIST. ¿Qué alboroto es ese?.. No sabia, marqués, que estubiese á vuestro servicio ese pagecillo; no sé por qué lo habeis ocultado cuando es digno de un rey...

MON. (*Colocándose delante de Paula.*) Es un romano que me tiene mucho afecto; soy su único apoyo en la tierra, y no ha podido contener su alegria al verme fuera de todo peligro.

CRIST. Grave ha sido por cierto el que hemos corrido los dos, cuando al pasar del navio Stockolmo á la fragata Suecia, hemos caido al mar: felizmente habeis andado muy prudente en asiros de mis vestidos; sabiais que una reina no se ahoga nunca...

SENT. Tambien sabemos nosotros que el marqués se ha propuesto no separarse nunca, ni en vida ni en muerte, de nuestra soberana.

CRIST. Mucho se abusa de las palabras, Sentinelli; los amigos deben ser mas sinceros.

MAG. (*Acercándose.*) Esa catástrofe ..

CRIST. (*Con sequedad é interrumpiéndole.*) Vuestra ropilla, conde Magnus, os sienta divinamente, pero es tan delicada su tela que debe mancharla la menor cosa. Habeis hecho muy bien en no mojarla. ¿Pero me habrá enviado Dios algun ángel para sacarme del peligro?.. Hasta ahora no se ha visto á mi libertador... ¡Oh! si hubiese sido alguno de vosotros ya estaria yo arrodillada á sus pies.

BAR. No estrañeis, señora, no ver aqui á mi sobrino. Esta mañana ha llegado de Francia, y como sabe que desempeño cerca de V. M. el empleo de introductor de estranjeros, no ha querido faltar á las formalidades establecidas...

CRIST. ¡Cómo! ¿es vuestro sobrino el que me ha salvado la vida?..

BAR. (*Cortado.*) Perdonad, señora, si ha faltado á la etiqueta en esa ocasion: viéndoos en tan grave peligro se creyó autorizado á presentarse por sí mismo.

RBC/NcU

CRIST. Y yo se lo agradezco.=¿Donde está?=Acercaos, galante caballero, ¡segun veo, os infundo mucho miedo! A vuestra temeridad ha seguido la cobardía: mas arrojado habeis sido para salvarme la vida.

STEIN. Perdonad, señora, si tembloroso y sorprendido me parece que agita mi imaginacion un sueño; temo que se disipe la ilusion si doy un paso ó pronuncio una palabra; dudo si soy yo mismo...

CRIST. Imprimid en mi mano vuestros labios, y desaparecerá toda duda.=(*A los cortesanos.*) Qué recompensa merece el hijo de un pais tan remoto como la Francia, que viene espresamente al nuestro para salvar á vuestra reina? porque á no ser por él ya no existiria; ¿lo oís, señores?

MON. ¡Oh! nuestra soberana nunca podrá ser demasiado pródiga con él.

MAG. Títulos.

SEN. Honores.

CRIST. Desde luego será nuestro amigo, si despues quiere algo menos podrá elegir en mi comitiva el puesto que mas sea de su agrado.=¿Con que venís de Francia?

STEIN. Si señora.

CRIST. Y decidme ¿qué opinan de mí en ese pais?

STEIN. Que vuestro reinado es hermoso, sublime y grandioso.

CRIST. ¡Oh! ¡lisongero como todos!.. ¿Y nuestro hermano Luis?

STEIN. Parece que todo se ha conjurado contra la regencia de Ana de Austria.

CRIST. ¡Oh! si la regente hubiese sabido herir y castigar á tiempo... Pero hablemos de otra cosa.=¿Qué novedades presenta vuestra literatura?

STEIN. El mes pasado han estrenado los cómicos del rey una tragedia de Corneille... ó de Garnier... no, no, de Corneille.

CRIST. ¿Cómo se titula?

STEIN. *Horacio.*

CRIST. ¿Y qué se dice de ella?

STEIN. (*Con conviccion.*) Que el autor no ha seguido las huellas de los grandes maestros, que es trivial y bajo.

CRIST. ¿Quién opina asi?

STEIN. ¡Oh! señora, la academia Francesa!

CRIST. ¿Y el público que dice?

STEIN. El público aplaude á Corneille, y silva á la academia.

CRIST. Nuestro pais, Steinberg, es tan estéril que no ha producido ni un Homero, ni un Virgilio. Apenas conocemos el alfabeto de las ciencias. Mi hermana Isabel fue mas grande que yo, porque tubo un Shakespeare que inmortalizó su reinado, los Médicis tienen un Maquiavelo, Luis tiene un Corneille, y Cromwell un Milton. (*Volviéndose y viendo á los cuatro ancianos tutores del reino.*) Pero lo que no tienen ni la Francia, ni la Italia, ni la Inglaterra, son esos venerables ancianos que hácia mi se encaminan con austero paso; esos cuatro ancianos que me recogieron niña, y me dejaron reina; esos cuatro ancianos que abrigan bajo esa tosca corteza un corazon en el que los hielos del norte no han podido penetrar. Miradlos, Steinberg, ¿no se os figura ver andar á los dioses de nuestro áspero clima? Semejantes á nuestros añosos cipreses han sufrido el ardor de las tempestades; los huracanes de las cortes desenfrenados contra ellos, han cubierto de nieves sus cabezas, pero nunca han conseguido doblegarlas.

ESCENA II.

Dichos, OXENTIERN, *otros tres ancianos.*

CRIST. Acércate, Oxentiern, =habrás sabido sin duda que tu hija ha estado en peligro de perecer, y hubiera perecido ciertamente, si compadecido el cie-

lo al verla tan jóven, no la hubiese socorrido generosamente.

OXENS. Lo sé, hija mia, y otra vez venimos en nombre de la Suecia, que ve en tus octogenarios tutores tu único apoyo...

CRIST. ¡Qué haces, padre mio! levántate...

OXENS. En nombre de tus abuelos, descendientes de cien reyes, en nombre del gran Gustavo, en nombre de tus pueblos, que tanto te adoran, sienta, hija mia, un esposo á tu lado: porque si te llegásemos á perder, solo Dios sabe cuanto se alegrarian las naciones que nos miran con envidia, ¡y cúan desgraciados seriamos nosotros! Pero si un ilustre vástago de tu himeneo continuase despues de tu muerte el esplendor de tu reinado, tendriamos sí, acusando de cruel al destino, las lágrimas en los ojos, pero tendriamos tambien la esperanza en el corazon. Si, segun nuestros deseos, acudes á fortalecer el equilibrio del trono, te dejarémos elejir libremente tu esposo, y sea quien fuese, le jurarémos obediencia, y le obedeceremos.

(*Todas las miradas se dirigen á Monaldeschi.*)

CRIST. Dices bien, y tu voz me convence y me conmueve cual si fuera la de Dios; dices bien, = y hace bastante tiempo que alimento un proyecto, que ya debo revelar. Hoy es el último dia de mayo, para el dieziseis del próximo junio mandaré reunir en mi palacio de Upsal las cuatro órdenes del estado, y alli me esplicaré.

OXENS. Bien, hija mia.

CRIST. Vamos ahora, padre mio, al templo á pedir á Dios que sea próspero ese dia. (*A los cortesanos.*) Seguidme, señores.

(*Vánse todos los cortesanos. Monaldeschi se queda el último, y se acerca precipitadamente á Paula.*)

ESCENA III.

MONALDESCHI, PAULA.

MON. Marchareis, Paula, en el primer buque que se haga á la vela para Italia.

PAU. ¡Marqués!...

MON. Marchareis.

PAU. Un momento, marqués, un momento en nombre del cielo. ¡Oh! quiero hablaros, ¡escuchad, escuchad!

MON. Escucho.

PAU. Decid... decid... soy culpable porque el terror me haya arrancado esas malditas palabras? Cuando caisteis al mar creí que habiais muerto, y cuando abrí los ojos, despues de mi desmayo, ví que viviais.— ¡Oh! ¡mi corazon no pudo soportar tanta dicha; mi seno era demasiado estrecho para contenerla! ¡Tenia que exhalarle en palabras, en gritos, y por este crímen me proscribes tú!... ¡tú!...

MON. ¿Por qué me has seguido á palacio?

PAU. ¿Por qué?... y ¿por qué se va contigo mi alma cuando te separas tú de mi lado?

MON. Señora.

PAU. Perdona, Monaldeschi.— Si yo hubiese sabido que habia de despertar la menor sospecha, me habria resignado á estar separada de mi Monaldeschi todo el dia y toda la noche, sin acusarle de cruel en mi tristeza, y contando cada segundo por los latidos de mi corazon, y cuando te hubieres retirado, habria espiado en tu semblante el presagio de la suerte que me esperaba; y si te hubiese visto alegre me habria reido, y si te hubiese visto triste habria llorado.

MON. Sé que me amas, Paula...

PAU. ¡Si te amo!... te amo como el dia que mi corazon

cediendo á tus instancias se derritió en amor; como el dia en que pasó de tus lábios á mi alma un beso abrasador cual si fuera una llama, como el dia en que faltando á mi deber abandoné á mi madre y á mi patria. ¿Y sufriendo tanto por tí y para tí, he manifestado alguna vez en suspiros ó palabras el menor sentimiento de haber abandonado por este cielo nebuloso, y por este suelo de nieve, el cielo brillante y puro, y el suelo encantador de la Italia? ¿Y cuando he sabido que mi madre habia muerto de dolor sin pronunciar para mí la palabra perdon, he venido por ventura deshecha en llanto á decirte con amarga voz: Por tí me ha maldecido mi madre?

MON. No, fuiste generosa.

PAU. Y ¿cuando de tu mano recibí este trage y me lo puse, te revelé los padecimientos de mi alma? ¿Te dige que adivinaba que querias disfrazar mi sexo para ocultarme á las miradas de una mujer? No; mi corazon estaba herido, y con la sonrisa en los lábios encubría mis tormentos, cuando hubiera dado mi vida por abandonarme al llanto.

MON. Te amo, Paula, te amo todavia; ¿pero no comprendes la esperanza que me devora? Cuando trage á Stockolmo mis proyectos de ambicion, estaba muy ageno de esperar que una soberana se dignaria acogerme bajo su real manto. Cristina lo ha hecho: Y ¿sabes tú lo que puede ser algun dia el hombre que ha sabido sorprender su amor? Ese hombre soy yo: la tengo presa en mis redes; y con un paso mas que dé, me siento públicamente como dueño y señor en el puesto que, como amante, ocupo ahora en el trono. ¿No la has oido en este momento implorar la gracia del Señor? pues un nombre adorado vibrará en sus oidos, y la voz de su corazon será la voz de Dios. Me hablas de penas y de tormentos; ¿y has penetrado por ventura, para hablar asi, en el corazon de un favorito, despues de haber estado todo un dia con la sonrisa en los lábios? ¡Oh, Dios mio! — Hay un poder terrible y desconocido

que nos empuja y obliga á atravesar ese infierno, en el que nos siguen paso á paso las furias, sin apartar de nosotros sus ojos centellantes. Subimos por los resvaladizos flancos de una árida montaña sin encontrar un apoyo ni un guia; y solo nos detenemos para recoger un cordon, al cual no podemos llegar sin bajarnos. Sentimos temblar debajo de nuestros pies un suelo movedizo compuesto de ceniza y de lava, y sin embargo tenemos que seguir subiendo, y no nos atrevemos nunca á mirar hácia atras por temor de asustarnos de la altura en que nos encontramos, y de caer hechos pedazos á confundirnos entre los hombres.

PAU. ¡Ah! ignoraba que hubiese tan atroces suplicios, pero ya que soy yo la mas feliz, permíteme que te sostenga en tu siniestra marcha. Para hacerte olvidar las afrentas que sufras, necesitas tener una persona al menos á quien pisar. — ¡Ah! no me separes de tu lado; seré tu criada: inventaré para consolarte todas las dichas, todos los gozes, todos los placeres de que es capaz una pasion pura y frenética; cuando me maldigas te bendeciré; y con dulces palabras amorosas te curaré las heridas del corazon. No me separes de tu lado, consiento en que otra sea tu mujer; te prometo amarla y obedecerla. (*Echándose en sus brazos.*) ¡Pero por Dios vivo no me separes de tu lado!...

MON. La reina te ha visto, puede verte otra vez, y descubrir en una sola palabra que se te escape lo que siempre debe ignorar. Sentinelli ha clavado en tí sus ojos de tigre, y yo he palidecido, y apenas respirar podia... No, no es posible que te quedes, estoy rodeado de precipicios. = ¿Qué le diria á la reina si quisiese verte?

PUA. ¡Oh! ¿no es mas que eso? ¿No puedo ocultarme? Dirás que he marchado á Italia ó que he muerto. Dime, ¿no tienes en tu casa algun rincon, alguna torre, algun calabozo? Aunque no tenga salida, aunque no tenga ventanas, aunque sea oscuro, y triste y miserable, viviré siempre en él, nadie

podrá saber donde estoy.--Y si vivo, solo tú podrás verme, y cuando te separes de mi lado me dirás si quieres que llore ó que esté contenta... tú mismo me llevarás el preciso alimento, y cuando te olvides de mí, tendré sed y hambre!...

MON. ¡Paula!...

PAU. Monaldeschi, sé que no me amas con la pasion que antes, porque mi belleza se ha eclipsado,--y sin embargo las lágrimas que ves en mis megillas y las que antes las han precedido arrancadas por tu fatal amor, son las que han cubierto de palidez mi rostro, y amortiguado mis ojos. (*Arrastrándose de rodillas.*) Mírame á tus pies arrastrando y lacerando este débil cuerpo que tantas veces has sostenido en tus brazos. ¿Quieres mi sangre? ¿quieres mi vida? Toma mi sangre, toma mi alma, abre con tu puñal mi seno, y padeceré menos que ahora, si siento que desgarras mi corazon con tus uñas.

MON. (*Enternecido.*) ¡Paula! (*Levantándola.*) Yo bien quisiera, si posible me fuese, conservarte á mi lado... Veremos...

PAU. (*Arrojándose en sus brazos.*) ¡Monaldeschi!...

MON. Dime, Paula mia... (*Se oye una campana.*) ¿Qué oigo? ¡Dios está hablando de mí á la reina! (*Rechazándola.*) Marchareis, Paula.

(*Váse.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Sala del trono en el palacio de Upsal.

ESCENA I.

CRISTINA *entrando seguida de dos hombres*; PAULA *escondida detras de una cortina.*

CRIST. (*Al ugier que le entrega una carta.*) Trae. (*Leyendo.*) « Cárlos Gustavo, obedeciendo vuestras órdenes, acaba de apearse en el palacio de Upsal. Hoy 16 de junio. » ¿Hay algo mas?

UGIER. No señora.

CRIST. Retírate.

(*Paula sale de detras de la cortina, y se arrodilla.*)

PAU. ¡Señora! ¡Señora!

CRIST. ¿Qué quieres? ¿Dónde te he visto? ¿me parece que nos hemos encontrado otra vez?

PAU. En el palacio de Stockolmo el dia...

CRIST. Ahora recuerdo. ¿No estás al servicio del marqués? Vamos levántate.... Habia olvidado esa historia.

PAU. En mi memoria debe estar mas grabada.

CRIST. ¿Con que estás al servicio del marqués?

PAU. No señora, no lo estoy desde...

CRIST. Nuestro caballerizo mayor debia dar mejor recompensa á tu fidelidad. ¿Qué has hecho?

PAU. Nada.

CRIST. ¿Nada?

PAU. Me ha despedido porque me teme.

CRIST. ¿Te teme?

PAU. Su felicidad depende de un gran secreto, que solo él y yo conocemos.

CRIST. ¿Y qué secreto es ese?

PAU. Tal vez debiera ser mas prudente de lo que soy, porque V. M. está interesada en ese secreto.

CRIST. Esplícate sin rodeos.

PAU. ¡Oh! ya habia yo previsto qne V. M. se enojaria.

CRIST. No, tu temor es infundado: y sea cual fuere la falta que has cometido, me importa muy poco; te la perdono sin conocerla.

PAU. Pues bien, señora, ya sabeis que vine de Italia á Stockolmo con el marqués.

CRIST. Lo sé.

PAU. Y quizás os habia dicho tambien que escepto él no me queda otra esperanza en el mundo mas que la tumba y Dios.

CRIST. Sé que no tienes padre ni madre.

PAU. Luego podreis conocer cual habrá sido mi dolor, cuando me ha dicho que debia marchar, que queria que un destierro eterno sucediese á mi favor, y que no debia volverle á ver en mi vida.

CRIST. Y ¿con qué motivo te lo ha dicho? Eso es lo que yo quiero saber.

PAU. Y eso es precisamente lo que yo no me atrevo á deciros.

CRIST. ¡Misericordia divina!... Imploras mi perdon, y te le concedo sin preguntarte porque le pides, y luego vacilas... ¡Ah! ¡habla! ¡habla presto!

PAU. Bien comprendereis, señora, que no queriendo en el mundo mas que á mi amo, y que no separándome nunca de él... debia conocerle tanto como á mí mismo, y que todos los sentimientos que asaltaban su corazon, resonaban casi al mismo tiempo en el mio; asi es que mi alma adivinó antes que

mis ojos, que amaba. — (*Cristina hace un movimiento.*) Bien os lo habia dicho, señora... y si quereis aun puedo callar.

CRIST. Prosigue.

PAU. Viendo que su tristeza iba en aumento, conocí que su amor seria duradero y poderoso; viendo que su semblante estaba muy sereno, adiviné que esperaba conseguir el cielo en la tierra, que esperaba ser amado! ¡Y lo era porque su esperanza se trocó muy pronto en alegria! Esos cabellos en los que se pierde vuestra mano, señora, no son ni mas hermosos, ni mas negros que los que él besaba todas las noches enagenado de amor. Su alegria fue despues en aumento... era una especie de delirio... lloraba... y despues se echaba á reir y...= Una noche entré en su cuarto, y ví, ¡oh! sin querer, un retrato... Al ver que alguien se acercaba le oculté; pero no tan pronto que yo no pudiese conocer que era el de la mujer que él amaba. Como vuestros cabellos, adornaban los suyos una corona.

CRIST. (*Incorporándose en el sillon.*) ¿Qué dices?

PAU. ¡Perdonad, señora! Tanto atrevimiento obtendrá tal vez una recompensa sangrienta... Vengaos.

CRIST. (*Sonriéndose.*) ¿Y se me parecia?

PAU. ¡Oh! si... porque ese retrato no se ha separado de su corazon desde entonces, ni de dia ni de noche.

CRIST. Un esperimentado adulador no hubiera inventado una lisonja mas grata para mi alma enternecida que la que tu acabas de pronunciar... Segun veo quieres obtener mucho de mí de una sola vez?

PAU. Sí, quiero mucho, reina; porque aun no lo he dicho todo. El dia en que prometísteis elegir un esposo, olvidásteis que cada palabra vuestra penetraba y temblaba en su amante corazon, como tiembla la flor en el tallo al sentir la mano que va á arrancarla, y cuando se retiró por la noche aquel desgraciado, un momento antes el hombre mas feliz en la tierra, no me hizo ya un misterio de su amor; me lo reveló todo; pero conociendo al momento que habia hecho mal en confiar á un ter-

cero un secreto real, quiso, tal vez con justicia, que inmediatamente saliese de Stockolmo para Roma. Yo le supliqué, y le ofrecí mi sangre y mi vida, con tal de que no me separase de su lado... pero fue inflexible... Conocí que era preciso marchar, pero bien pronto concebí una esperanza, y dije: si la reina quisiese, yo no marcharía; que quiera, y el marqués podrá conservarme á su lado. Os he seguido á todas partes, pero hasta hoy no he tenido la dicha de ver á mi soberana para caer á sus pies y suplicarle...

CRIST. El hombre á quien otro hombre ama y puede amar asi, debe ser grande y bueno... ¡Gracias, hijo mio! Yo lo ignoraba, y tu me lo has revelado. ¡Oh! no... no debes separarte de tu amo: guardemos el secreto confiado á tu fidelidad; yo acojo tu súplica admitiéndote á mi servicio.

PAU. ¡A vuestro servicio! creo que no me habeis comprendido.

CRIST. Sí, el cariño que tienes al marqués merece una recompensa, él te la debe, y yo quiero satisfacer su dueda. Quédate, pues, conmigo para no separarte nunca de él.

PAU. Pero...

CRIST. Basta; ¿cómo te llamas?

PAU. Pablo.

CRIST. ¿Qué edad tienes?

PAU. Quince años.

CRIST. Bien, voy á encargarte de un mensage secreto... Cárlos Gustavo acaba de llegar á este palacio; podrás conducirlo á mi cámara sin que nadie os oiga ni os vea, donde le dirás que me espere. Toma la llave de ese pasadizo secreto que comunica con mi habitacion.

PAU. (*Saliendo.*) ¿He conseguido mi objeto?=No.=Pero me quedo.=¡Que importa!

ESCENA II.

CRISTINA *sola.*

¡Oh! ¡qué hermoso espectáculo ofrece ese sentimiento, superior á todos, esa amistad ardiente que se olvida de sí misma, y que mis cortesanos calificarían de locura! Tú puedes gozar de ese placer, Monaldeschi, porque no eres rey... ¡Ah! qué sombrío y desconsolador destino es el de esta alma condenada al trono, que hubiera podido vivir, amar, y ser amada; que sentia palpitar en su seno el gérmen del amor, y que en la elevacion en que la ha colocado el destino, no ve mas que corazones cubiertos de yelo; elevacion cual la de un alto monte á la que llega siempre helado el viagero, aunque al empezar la subida estuviese ardiente y sofocado. Verse en la primavera de la vida sin que para ella exista la alegría, surcando su frente profundas arrugas, y oprimiéndola una pesada corona de oro y pedrería en lugar de los suaves lábios de un amante. Pisar por do quier ricos tapetes, hollar siempre cabezas de hombres, y ver que todos aquellos á quienes nuestro pie no oprime, alzan su frente erguida y amenazadora; recelar que todos los que á nosotros se acercan ocultan debajo de sus vestidos un puñal, y temer la muerte de César, Ladislao VI, Enrique IV, ó Estuardo. Estar siempre rodeados de una multitud enemiga é inquieta que nos espía, que no nos deja nunca, y que hasta en nuestro lecho de muerte nos rodea para llamar á nuestros quejidos de dolor gritos de la conciencia y voz del remordimiento; y que nos sigue hasta el mismo sepulcro para esclamar por única oracion fúnebre: «Al fin murió...» ¡Esto es reinar!... Correr los campos alegremente, respirar sola, reir á

carcajadas, ó llorar cuando se quiere, elegir entre todos los hombres uno á quien dar el corazon... Viajar, ver á París, á Roma y estar sola consigo misma, y no tener siempre al lado personas que os digan: «No hagais eso»... Y no servir de pretesto y de fin á estrañas ambiciones... Esto es ser libre, esto es ser feliz. (*Oyese ruido, y se vuelve. Cristina toca una campanilla. Entra un page.*) Llama al marqués.

ESCENA III.

CRISTINA, MONALDESCHI.

MON. Señora, estoy pronto á obedecer, ó transmitir vuestras órdenes.

CRIST No se trata de eso; sentaos á mi lado. Quiero hablaros.

MON. (*Mirando á su alrededor.*) ¿Señora?...

CRIST. Nadie puede oirnos ni sorprendernos, desterrad la etiqueta.

MON. Si no me engaño, veo que os dignais concederme uno de esos agradables instantes, que me harian sonreir en medio de los mas horrorosos tormentos.

CRIST. Marqués, vuestras palabras me llenan siempre de alegria, y sin embargo el cielo sabe que dudo.

MON. ¡Dudais, señora!... ¡dudais!... ¿por qué santo, por qué virgen quereis que jure para tranquilizar vuestro corazon?...

CRIST. No quiero juramentos, marqués; quiero tan solo que me digas, si el boato que me rodea, y el fuego que despiden los diamantes de mi corona, no han deslumbrado mas tus ojos, que yo seducido tu corazon?

MON. ¡Oh Cristina! ¿por qué me haces esa injuria? ¿Amarte yo por tu clase? ¡Oh! en cualquiera que el cielo te hubiera colocado te habria amado sin

corona... ¡Si hubiese visto tus negros ojos á través de una verde celosía, habria amado tus ojos! Si te hubiese encontrado con la tiorba en la mano, sentada en un sepulcro romano, cantando un romance de amor, hubiera amado tu canto, porque te habia adivinado en mis sueños, y porque esperimentando el poder de mi vago amor, creia conocerte antes de verte. ¡Oh! sí, en medio de los delirios de mi alma, me habia atrevido á crear un angel para mí en forma de mujer; tenia esa mirada, esa sonrisa... y cuando te ví dije: ¡Oh! ¡Héle allí!

CRIST. ¡Dios te juzgue si me engañas, marqués, porque ninguna mujer por ardiente que fuese su amor, haria nunca por un rey lo que una reina va á hacer hoy por tí! Abrid. (*Abrese la puerta del foro, y entran los cortesanos.*) Esperadme, marqués.

MON. ¿Dónde, señora?

CRIST. Al pie del trono.

(*Váse, el marqués la besa la mano, y va á colocarse al lado del trono, poniendo el pie en la primera grada.*)

ESCENA IV.

MONALDESCHI. *Todos los cortesanos.*

MAG. (*Entra con el Baron de Steinberg.*) ¿Habeis visto, baron? acaba de imprimir sus lábios en la mano de la reina; ya se ha quitado la máscara; su triunfo es completo: ¡Un beso en la mano!

BAR. Convengo en que no es de los de etiqueta.

MAG. (*A Sentinelli.*) ¿Tambien lo habreis visto vos, Sentinelli?

SEN. (*Con aire sombrío.*) Sí.

PIM. Me parece Gueme, que el cielo proteje nuestra causa. El marqués será rey, y es un buen católico.

GUE. ¿Cómo es que está aqui el embajador de Portugal?

PIM. Tambien está el de Milor protector.

OXENS. (*Colocándose con los otros tres ancianos detras del trono.*) Amigos, ocupad vuestro puesto al lado del trono por la última vez. Hoy descargaremos en otro el peso que oprime nuestros débiles hombros.

MAG. (*A Sentinelli.*) Mirad, ya ha colocado el pie en la alfombra del trono.

SENT. Decid baron, para ceñirse la corona se quitará ese sombrero que conserva delante de nosotros?

BAR. Deberá hacerlo. Solo algunos grandes de España pueden cubrirse en presencia del rey.—Es un derecho de nacimiento.

STEIN. ¿La condesa Ebba debe acompañar aqui á la reina?

BAR. Quien lo duda. Es dama de honor. Bonito empleo

STEIN. ¡Oh! eso poco me importa. (*Abrese la puerta de la habitacion de la reina, y aparecerá un Ugier.*)

UGIER. (*Anunciando.*) El príncipe Palatino, Cárlos-Gustavo.

MON. (*Estremeciéndose.*) ¡Cielos!... ¡El heredero presuntivo!

SENT. ¡Hola! ahora son dos pretendientes para una corona; uno está de mas.

BAR. (*Acercándose al príncipe.*) Alteza, la etiqueta señala vuestro puesto al lado del trono.

GUST. Voy á subir á él con la reina.

MON. (*Con voz apagada.*) ¡Miserable de mí!

ESCENA V.

Dichos, CRISTINA, EL CONDE DE BRALIE *con el globo real*, *y el* CONDE DE GORLZ *con la mano de justicia.*

UN UGIER. ¡La reina!

CRIST. Salud, nobles señores. Príncipe Cárlos-Gustavo dadme la mano... (*Sube algunas gradas del trono.*) y quedaos aqui. — Espero, señores, que este dia

dará un resultado feliz. — ¿Lo creeis así Oxestiern?

MAG. (*Inclinándose.*) Señora, todos estamos convencidos ..

CRIST. Conde, acepto vuestra dimision de tesorero mayor.

MAG. ¡Cómo!... ¿en qué he podido desagradaros?

CRIST. (*A Steinberg.*) Steinberg, os hago caballero de la estrella polar.

STEIN. Señora.

CRIST. Y os agracio con el cordon del Aguila de Suecia

STEIN. Señora.

CRIST. (*Viendo á Gondemar.*) ¿Qué es eso? ¡En mi palacio de Upsal el enviado de Braganza! Esa es mucha arrogancia, conde de Gondemar, y Braganza se equivoca si cree tratarnos de igual á igual; el rey de España es rey de Portugal. (*Al embajador de Cromwel.*) Señor de Whitelock, decid á vuestro amo que Cristina publica hoy el tratado de alianza que con él ha firmado, y aseguradle que le aprecio mucho. Ya veis, señores, que el favor que lord protector nos dispensa, no nos deja nada que desear. A él le debo las dulzuras de una paz duradera. La Inglaterra ama á la Suecia, y le llama su hermana; contamos con el favor de la Francia, y solo el imperio se mantiene firme en el odio que nos profesamos... Pero su águila es débil, y se está desangrando, porque el leon del norte la oprime entre sus garras; aun está palpitante de resultas de las últimas derrotas, y bastará ahora un solo golpe para tronchar sus dos cabezas. Cuando mi padre sucumbió triunfante en Lutzen disperté sobresaltada en mi infantil cuna, me incorporé, y miré á mi pueblo que dijo: «¡He aqui la reina!» Crecí pronto, porque la gloria paternal me mecía con su poderoso brazo; crecí pronto, repito, y como mi alma se ha endurecido, no soy una reina, soy un rey! —¿Y decidme, á pesar del esfuerzo sobrenatural que he tenido que hacer, ha sido acaso para vosotros mi cetro de yerro? No. Cuando el cielo estaba nebuloso y cargado, cuando palide-

cian los semblantes, cuando temblaban los corazones; yo os abrigaba con mi real manto para ocultar la tempestad, y os decia: Dormid, hijos mios, el cielo está sereno. Pero todo tiene sus límites; la carga que pesa sobre mis hombros ha llegado á fatigarme, y se hace preciso que otro la lleve. Mi papel ha concluido ya, el tuyo empieza ahora; abdico en tí la corona. Salud Cárlos-Gustavo, rey de Suecia. (*Cogiendo el globo.*) Recibe en tus manos este globo. Cristina es tu vasallo. Sube al trono.

Oxens. (*Temblando.*) Un momento, señora, oidnos antes de abdicar... Arrodillaos, barones, condes, duques, y vosotros tambien ancianos, para hacerle comprender á nuestra reina que no le es dado descender tanto; que á pesar de su voluntad, todas las rodillas se doblarán, porque su cabeza debe elevarse siempre por encima de las nuestras. Solo yo, el mas anciano de tus tutores, te hablaré de pie, porque te conjuro á que renuncies á tu designio, como á designio fatal: ¿qué daño te han hecho los suecos para que asi los abandones? Creeme, mas de una vez ha arrastrado Cárlos V su frente sin corona por los mármoles del Santuario, echando de menos la púrpura, y llorando el destierro que él mismo se habia impuesto... Igual suerte te espera.

Crist. ¡Venid á mis brazos, padre mio! (*Todos se levantan.*) ¡Gracias! ¡gracias!... ¡Salud Cárlos-Gustavo, rey de Suecia! Esta determinacion no es el resultado de una insensata ligereza, es hija del convencimiento, es un proyecto alimentado largo tiempo en mi imaginacion. No me hableis mas de ello.—Bralie, acércate á cumplir con la reina el último deber que tu empleo te impone; ven, conde y vasallo fiel, ven á quitarme la corona y el manto.

Bra. ¿Quitáros yo, señora, el manto y la diadema? ¡Oh! no, nunca.

Crist. Pues bien, yo misma te entregaré estas insignias reales que deben adornar á Cárlos-Gustavo.

(*Presentan á Cárlos-Gustavo la corona en un cogin de terciopelo; se la prueba, y la deja otra vez sobre el cogin; un grande trae el manto real.*)

UN HERALDO. (*Al pueblo.*) Cárlos-Gustavo acaba de ser coronado: ¡viva el rey Cárlos-Gustavo!

CRIST. (*Bajando dos gradas, y tomando la actitud de una suplicante.*) Ahora deseo pediros algunas gracias. Señor, os dignareis concederme una pequeña parte de los hermosos y vastos estados que os abandono?

GUST. Mandad.

CRIST. Como bienes personales, pido las islas de Gottland, Oscelum, Olande, Ozel, Polé, Nycloloster y Wolgast, y quisiera que nadie, incluso vos, me las pudiese quitar.

GUST. Vuestras son.

CRIST. Espero que permitireis que me sigan todos los que quieran participar de mi buena ó mala suerte; (*con energía*) pero quiero tener sobre ellos derecho para castigar de muerte la traicion.

GUST. Le teneis.

CRIST. Id ahora al templo á dar gracias al señor, que me ha dicho: haz rey á Gustavo: rogad por el estado y por mí.

GUST. Sereis obedecida.

CRIST. Los que quieran seguir la suerte de la que fue reina de Suecia, me encontrarán aqui dentro de un cuarto de hora. Hoy mismo partiremos.

SENT. Gracias, señora.

STEIN. (*A Ebba.*) Una palabra, señora, ¿acompañais á nuestra soberana?

EBBA. Si señor, yo no abandono á mi reina.

STEIN. ¡Bien!

EBBA. ¿Pero qué interés teneis en saberlo?

STEIN. Uno muy grande.

OXENS. (*Bajando del trono y besando la mano á Cristina.*) Hija mia, moriré de pesadumbre.

(*Vánse todos. Cristina se queda en la última grada del trono, y Monaldeschi al pie: óyese gran vocerío.*)

PUEBLO. ¡Viva el rey!

CRIST. La turba le rodea ya, y dice: ¡Viva el rey!—

Viva la corona, debiera decir.=¿Pero en qué pensamos? Soy Cristina, ¿marqués, me reconoceis?

MON. ¡Oh! señora.

CRIST. La reina ha desaparecido: pero la mujer que te ama está á tu lado. Mi diadema de oro contrariaba tus deseos, cuando por mis cabellos querias pasar tu mano.

MON. Me habeis comprendido, y os doy gracias... (Quién me hubiera dicho que debia de envidiar tu desgracia, ¡Vagnus de la Gardie!)

CRIST. ¡Adios, marqués! ya sabeis que se van á reunir aqui los que sigan mi próspera ó adversa suerte; espero que no tendré necesidad de encargaros la puntualidad.

(*Váse Cristina; Monaldeschi le besa la mano, y al volverse vé á Paula.*)

ESCENA VI.

MONALDESCHI, PAULA.

MON. ¡Paula!.. estoy soñando!.. ¿Qué haceis aquí?

PAU. Aguardo la hora de partir.

MON. ¿Vienes con nosotros?

PAU. Sí.

MON. ¿Con nosotros?

PAU. Sí.

MON. ¿Con nosotros dices?

PAU. ¡Digo que sí! ¿Es algun prodigio acompañarte á Francia?

MON. Solo deben acompañar á la reina los que están á su servicio.

PAU. Pues bien, yo lo estoy. ¡Ah!.. creias que se podia engañar impunemente á la mujer que dió crédito á tus juramentos; creias que podias arrastrar á la jóven que por tí ha perdido patria, honor y familia; entregarla al desprecio de este mundo insul-

tante, y que se iria cuando le dijeses: ¡vete! ¡Oh! ¡no!=Yo soy la sombra de tu querida, y me coloco delante de tí como un remordimiento eterno. Tu me has hecho tomar un camino azaroso, pero á cualquiera parte que conduzca allí irás tú conmigo: á cualquiera parte que se dirijan tus ojos verás siempre pasar por el horizonte mi triste sombra, y al términar tu carrera me encontrarás al borde del sepulcro para darte la mano.=Atormenta, atormenta el puño de tu daga; pero ten entendido que ni aun con la muerte te librarás de mí. Me tendrás á tu lado aun cuando ya no exista; y vale mas, créeme, ver salir un puñal de la baina, que un espectro de la tumba. Creias que mi corazon, comprimido por el terror, no se atreveria á estallar...

MON. (*Viendo á Sentinelli que entra.*) ¡Sentinelli!=Calla.

ESCENA VII.

Dichos, SENTINELLI, STEINBERG, EBBA, CRISTINA.

SEN. ¿Estáis preparado ya, marqués?

MON. Sí, conde.

SEN. Bien.

MON. ¿Seréis de la comitiva?

SEN. Seguramente; y no debe pesaros, somos amigos antiguos, y donde vos vais allí voy yo.

CRIST. (*Entrando.*) Son cinco entre todos.=Séquito respetable para una magestad que fue!=¡No importa!=Vamos á correr el mundo; visitaremos primero á Roma, luego á Francia y despues á Inglaterra.=Cromwel me ha manifestado ya su deferencia hácia mí, y ahora deberá ser mayor, porque mi corona no deslumbrará sus ojos. Vamos, señores, el que me ame que me siga.

(*Váse con Ebba y Steinberg; Monaldeschi se queda mirando á Sentinelli que se ha quedado atrás.*)

PAU. (*Arrastrando á Monaldeschi.*) Vamos, marqués.

ESCENA VIII.

SENTINELLI *solo.*

Alla voy, marqués, no creas que el leon abandone la presa que persigue en el momento en que va á devorarla! Ya es tiempo de que se encienda el volcan que brama y humea en mi pecho hace un año. Ya es tiempo de que vomite el ódio que en sus entrañas hierbe, y que por su boca rebosa; pero ese ódio no se enfriará como la lava. Quieres huir de tu destino, pero hasta que bajes á la tumba te seguirán mis pisadas.

(*Váse.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Salon en el palacio de Fontainebleau: en el fondo las puertas de la cámara de la reina; á la izquierda una puerta lateral que conduce á la habitacion de Monaldeschi.

ESCENA I.

MONALDESCHI *saliendo de la habitacion de la reina*: PAULA *apoyada contra la puerta de la de Monaldeschi.*

MON. ¿Otra vez?

PAU. ¡Siempre!

MON. ¡Paula!

PAU. ¡Monaldeschi!

MON. ¿Por qué me persigues con tanta obstinacion... habla... dí... que quieres de mí?

PAU. Nada: soy el remordimiento con que el cielo amarga tus placeres; la pesadilla que atormenta tus sueños, y la voz que te dice «¡Desgracia!..» cuando despiertas.

MON. Tres años hace ya que sufro tu demencia, y me parece que es bastante sufrir.

PAU. ¡Nunca será bastante! porque hasta cuando Dio te llame el dia del juicio, y pidas misericordia, te diré.=¡Estoy aqui!

MON. (*Despues de reflexionar un momento se acerca á ella.*) ¡Bien! ¿Quieres ser feliz, Paula?

PAU. ¿Si quiero ser feliz? esa pregunta en tus labios es una ironía cruel; y yo he padecido tanto, que la felicidad ya no es para mí mas que una palabra olvidada. Cuando el lento infortunio ha descarnado nuestras megillas, y surcado nuestro corazon, no podemos sacudirle con la facilidad que sacude un viagero el polvo de sus vestidos.=Habla sin embargo.

MON. Paula, yo aborrezco el estado de esclavitud en que me encuentro; mi rostro no puede soportar por mas tiempo la máscara que le cubre, y el porvenir que entreveo me abruma ya con su enorme peso; Cristina está cansada de llevar una vida sosegada, y no puede perdonarme el imperio que en ella ejerzo. Una palabra amarga, una mirada irritada alarman mi amor, que su corazon rechaza, y para sustraerme á su propio anatema hace recaer sobre mí el desprecio que sobre ella pesa; y hasta me acusa de faltas que no he cometido, por olvidar las suyas y sofocar los remordimientos que la atormentan. ¡Ah! bien dijo el anciano Oxenstiern, que algun dia echaraí de menos en su frente la corona y en sus manos el cetro!.. ¿Sabes tú de qué se ocupa ahora en la fastidiosa situacion que ella misma se ha creado? Empañando su porvenir con una mancha inmortal, conspira sordamente para recobrar un trono que con tanta imprudencia abandonó.

PAU. (*Con indiferencia.*) ¿Y qué me importan á mí los debates de un imperio?

MON. Pero á mí me importan mucho; y no puedo mirar con indiferencia quién gana ó quién pierde la partida, siendo reyes los jugadores. He visto y tocado el trono muy de cerca para que pueda alejarme de él sin esperimentar eternos pesares.

PAU. Pero debes estar contento toda vez que Cristina intenta volverse á sentar en él.

MON. Dos cosas pueden suceder... Si Cárlos-Gustavo descubre que se conspira, el complot se malogra;

si este es conducido con el arte que Cristina posee, la ex-reina de Suecia volverá á ocupar el trono de sus mayores. Si Gustavo sale vencedor, como yo habré conspirado, puedo contar con un destierro eterno. Si triunfa Cristina, empeñada como está en perderme, adivino que me espera la suerte de la Gardie... Pero todo lo he previsto; como Magnus debe ser enemigo mortal de la que le humilló, le he escrito una carta en la que le anuncio detalladamente la insensata esperanza que Cristina ha concebido, y en ella pido al rey un asilo en la corte de Stockolmo. Por tan señalado servicio, lo menos que por mí puede hacer, es colocarme otra vez en mi antigua esfera. La Gardie está encargado de arreglar con él lo que los dos pedimos, y hoy ó mañana debo recibir su contestacion.

PAU. Bien decíais que la partida os interesaba mucho, porque se atraviesa nada menos que vuestra cabeza.

MON. He tomado bien mis medidas para no ser sorprendido. Vendrá una carta dirigida á Cristina; pero acusará á Sentinelli. Yo saldré dentro de poco de Fontainebleau, y una vez fuera, poco me importa que Sentinelli viva ó muera.

PAU. ¿Y con qué objeto me confiais tan gran secreto?

MON. Necesito una persona que me comprenda con una mirada, y que cuando sea tiempo vaya á buscar los caballos que de aqui deben alejarme, sin que su larga ausencia pueda infundir sospechas. Marcharemos los dos, y libre ya de la presencia de Cristina, mi amor y mi agradecimiento te harán olvidar tus tormentos. Me encontrarás el mismo que en otro tiempo...

PAU. (*Mirándole.*) ¡Mientes!.. Mas no importa; mi destino está encadenado al tuyo para siempre. Cuenta conmigo.

MON. (*Con alegria.*) Paula, la mitad de mis bienes son tuyos.

PAU. (*Rechazándole.*) Os tengo lástima.

ESCENA II.

Dichos, STEINBERG *dando el brazo á* EBBA, SENTINELLI *por el lado opuesto.*

SEN. ¿He caido en falta, señor de Steinberg?.. ¿Ha preguntado por mí la reina?

STEIN. No.

EBBA. Nuestra soberana descansa todavía; esta noche pasada, como recordareis, ha recibido á un consumado teólogo, con quien ha estado argumentando hasta las dos de la madrugada sobre el culto de los magos.

MON. ¡Es una diversion bastante agradable!

EBBA. Sí, hablaban en latin.

MON. A mí me ha sorprendido el discurso de la reina.

EBBA. No sabia yo que conocieseis esa lengua.

SEN. ¿Qué decis, señora?.. ¡Un cortesano! Esos caballeros nacen con el don de poseer toda clase de idiomas. Y si por casualidad sucede algunas veces que ciertas palabras pronunciadas con viveza intimidan á alguno de ellos hasta el estremo de buscar en vano en qué lengua se habla en aquel momento, no creais que por eso se confunda, hace mil desatinados esfuerzos, se humilla, se arrastra, y contesta...

MON. Señor conde, pudiera quejarme de vuestras palabras.

SEN. ¿A quién?

MON. A la reina.

SEN. Señor marqués, cuando algunas palabras me ofenden, tengo tambien mi confidente á quien quejarme.

MON. ¿Quien és?

SEN. Mi espada.

ESCENA III.

Dichos, CRISTINA, *un ugier anunciando á la reina.*

CRIST. ¡Qué tarde me he levantado! ¡Ah! creo preferible la muerte á la vida monotona que llevo.

MON. Estabais, señora, entregada al sueño de la gloria, y despues de una victoria es muy agradable el descanso.

CRIST. ¿Qué dice nuestro caballerizo mayor?

MON. Alude al combate que habeis sostenido ayer, á la confusion que esperimentó el sábio cuando os vió resolver el problema, encontrándose con quien sabia mas que él.

CRIST. Se quedó sin saber qué contestar, pero dejemos eso á un lado. ¿Teneis que presentarme á alguno esta mañana, marqués?

MON. Sí, señora, á dos franceses; un fátuo y un poeta que, admiradores de vuestro talento, desean rendiros homenage.

CRIST. Avisadles que durante el tocador juzgará Cristina sus opuestos talentos, y que hablaremos de modas y de versos. (*Váse Monaldeschi á Sentinelli.*) Señor comandante de nuestra guardia armada, compuesta de doce soldados, decid á los dos oficiales que forman nuestro estado mayor, que nos dignamos recibirlos. (*Váse Sentinelli.*) Tu, querida Ebba, tómate el trabajo de cargar de alhajas la frente de tu ex-reina; elígelas tú misma, porque á mi me fastidian esas pequeñeces.

EBBA. En otra ocasion encontraron mejor acogida en vuestra alma. Recordad el afan y gusto con que os vestisteis cuando tomasteis el nombre de conde de Dohna.

CRIST. Entonces no eran vestidos de mujer. Dios habia creado mi alma para otro sexo; y yo sentia que

debajo del trage de conde era mas libre mi voluntad y mas altivo mi corazon. Tal vez os acordareis como yo, Steinberg, del placer que visteis brillar en mis ojos cuando salté alegre y ligera el arroyo cuyo curso ha marcado el límite que la Suecia habia prescrito en otro tiempo á Dinamarca, y cuando en un arrebato de alegria esclamé: adios para siempre, tierra y cielo que aborrezco!.. Pues habeis de saber que debajo del puro cielo de Francia y de Italia he echado muchas veces de menos aquel aire frio, aquel cielo opaco, aquellos helados horizontes en los que se pierden cien montañas aglomeradas unas encima de otras, aquellos seculares tejos que el invierno asedia con sus hielos, y que parecen gigantes embozados en capas de nieve, y aquellos trineos que en mis sueños veo aun deslizar rápidamente como un relámpago. ¡Oh! es tan fuerte el poder que ejercen en nuestra alma los recuerdos de la infancia y de la patria! (*Se queda meditabunda. De repente dice.*) Pero tranquilizaos, pronto volveremos á ver nuestra Suecia. Ebba, pedid mis diamantes; nuestros fríbolos cortesanos estan aguardando; el templo vá á abrirse para ellos, y es preciso adornar el ídolo.

ESCENA IV.

Dichos, MONALDESCHI, SENTINELLI, CORNEILLE, LA CALPRENEDE, Dos Oficiales, El Secretario GALDEMBLARD, PAULA *en el foro, dos doncellas al tocador de la reina.*

Crist. Acercaos, señores; tengo mucho gusto en veros; vuestra patria ha sido para mí muy hospitalaria, nunca lo olvidaré, y quisiera poderos recibir como ella me recibió á mí.

Cal. Yo, señora, caballero profano, y poeta indigno,

vengo cual otro Cirus á la corte de Mandano, no atreviéndome á mirar vuestra frente gloriosa, por temor de que su brillantez deslumbre mis ojos.

CRIST. La brillantez de mi frente no deslumbra á nadie desde que ha perdido su real diadema.

CAL. Señora, esa frente, en la que el cielo imprimió la grandeza, aunque ha perdido la diadema, ha conservado todo su esplendor.

CRIST. Yo opino lo contrario. (*A Corneille.*) ¿Y vos qué leeis en mi frente?

COR. Talento.

CRIST. ¡Oh! acepto vuestra opinion. (*A Monaldeschi.*) Ya veis, marqués, esto es la sombra de una corte, el croquis de Stockolmo.

MON. No por haber abdicado la grandeza soberana, hahabeis dejado, señora, de reinar en todos los corazones; las artes acorren en pos de su ilustre protectora.

CRIST. Es una corte formal, Ebba, porque tenemos aduladores. Hay que perdonárselo á Monaldeschi, es un defecto que ha adquirido en el profundo estudio que del arte del cortesano ha hecho. (*A La Calprenede.*) Si no estoy equivocada brillabais entre los grandes talentos del palacio Rambonillet; ¡oh! alli se reunia la flor y nata de la literature francesa.

CAL. Sin que sea jactancia puedo decir con orgullo que ocupaba entre ellos un lugar distinguido. Mis obras pueden ser leidas, y citadas á la par que las suyas; y mis novelas sobre todo han encontrado una acogida brillante en el público que ha deborado á Casandra y á Cleopatra. Perdonad, si manifiesto tenérlas en alguna estima, sería el único que no las alabase.

CRIST. ¡Cómo! ¿sois el autor de Cleopatra?... Luego poseemos al señor Calprenede?

CAL. ¿Conoceis mi nombre?

CRIST. ¿Y quién no le conoce? (*A Corneille.*) ¿Y vos cómo os llamais?

COR. Corneille.

CRIST. (*Levantándose.*) ¡Corneille!... (*A su comitiva.*) Inclinaos delante de ese antiguo romano. (*Acercándose á él.*) ¿Dispensadme el honor de besarme la mano? ¿Qué guerrero, qué rey reanima ahora vuestra musa con su mágico aliento? Muy grandes son los rasgos que su mano dibujó, y no comprendo que se puede hacer despues del *Cid* y de *Horacio.*

COR. (*Con modestia.*) *Cinna.*

CRIST. ¿Qué argumento es ese?

COR. Con mas propiedad acaso pudiera llamarse *La clemencia de Augusto.*

CRIST. Es asunto que debe ofreceros bastantes escollos; pero no dudo que saldreis airoso de la empresa.

MON. Pues yo aseguro que esa obra le valdrá un nuevo lauro.

COR. Caballero.

CRIST. ¡Oh! no le hagais caso, es un mal incurable. Como buen cortesano cree debe sudar cuando yo tengo calor, y temblar cuando yo tengo frio. (*Mirando su corona.*) ¿Pero qué veo? no es esta mi corona.

EBBA. Perdonad, señora, si equivocadamente...

CRIST. (*Cojiéndola.*) En efecto, ella es. ¿Mirad, señores, conoceis esto?

COR. Para vos, señora, como para todo sábio no es mas que un conjunto de oro y de diamantes; pero en ella adora el hombre el sello de las grandezas.

CRIST. (*Echándola á un lado.*) Es un juguete real, que me encontré en mi cuna.

MON. Pero delante de ese juguete que despreciais, señora, nos humillamos nosotros.

CRIST. Lo creo, vale dos millones. (*Levantándose.*) Disimulad, señores, si el cuidado de despachar mi correspondencia me obliga á suspender la audiencia.

CAL. Antes de que termine debo deciros que he compuesto á V. M. un soneto.

CRIST. Ponedle en limpio en papel vitela, y enviádmele atado con una cinta color de rosa. (*A Corneille.*) Hubiera tenido mucho gusto en recibiros esta no-

che otra vez, pero he dado palabra á mi alquimista de bajar á su laboratorio. Me ha convertido ya mucho oro en ceniza, pero hoy al fin me ha asegurado que cuadruplicará mis riquezas convirtiendo otra vez en oro la ceniza. Bien conocereis que debo presenciar un esperimento en que la naturaleza va á ceder á la ciencia. Pero volved mañana, y me leereis Cinna sin que ningun oportuno nos interrumpa. (*A su secretario.*) Galdemblad, renuncio á vuestro ministerio; por hoy será el marqués mi secretario. Acompañad á esos señores, Monaldeschi, y volved. (*A Galdemblad.*) La correspondencia. (*Se la da Galdemblad.*) Retiraos.

ESCENA V.

CRISTINA, *á poco* MONALDESCHI.

Crist. (*Abriendo la cartera.*) Roma, París, Berlin, Stockolmo y Londres. Primero Stockolmo. (*Buscando la firma.*) Terlon. (*Leyendo.*) «Puedo res»ponder de todo; nuestro complot promete el mas »feliz resultado, y solo se espera vuestras órdenes para que estalle.» -- ¡Bien! ya estoy en la aurora de mi nuevo reinado. (*Viendo otra carta.*) ¿Otra carta de Stockolmo? (*Mirando el sobre.*) Es para Sentinelli; ese sello, esas armas... son las de La Gardie. Luego me han estado ocultando que el capitan de mis guardias estaba de inteligencia con ese enemigo que mi venganza desterró. ¿Qué pueden escribirse? Lo sabré. Està carta se abrirá á mi vista, la entregaré por mi mano. (*Ocultando la carta dirigida á Sentinelli, y dando á Monaldeschi que entra la de Terlon.*) Alguien viene. Sois vos, marqués; leed, os interesa, porque estoy persuadida de vuestra amistad.

Moe. (*Despues de haberla leido.*) Es muy grata para mi

corazon la esperanza que Terlon os dá. Y sin embargo, ¿quién me asegura que despues de haberos sentado en el trono, os dignareis...

CRIST. Descansad en mi fé, marqués...

MON. ¿Y no hay nada para mí?

CRIST. Nada, veamos que dicen de Roma. (*Abriendo una carta.*) Es del Santo Padre. Leedla y contestad, que deseo que cumpla en paz su santa mision, y pedidle para mí su bendicion.

MON. (*Escribiendo.*) Sí, señora.

CRIST. (*Sigue abriendo las cartas.*) De Luis. Leamos. Me invita á que vaya á París: le visitaré, pero no podré detenerme lo bastante para asistir al sarao en que debe bailar. Berlin: es de Leibnitz, me propondrá algun nuevo problema, le examinaré, y contestaré yo. Lóndres: John Milton. ¡Ah! ese es el secretario privado de lord Protector, un doctor muy sábio. Quisiera visitar la Inglaterra ocultando mis proyectos. Pero mucho dudo que se me permita cumplir mis deseos. Debiera enviar un regalo á Cromwell, y no sé cual. Seguiré escribiéndole; temo su política, y tanto mas cuanto que á mi condicion de reina reuno la de ser católica. Sin embargo, debo guardar buenas relaciones con él, porque como su poder es grande, le necesito. Es un tirano popular de una nacion que él llama libre; con su peso mantiene el equilibrio Europeo, arroja á los soberanos, que tiéne aterrados, una cabeza real, cual si fuera un cartel de desafío; sabe convertir, probándose la corona de Cárlos, el trono en cadálso, y el cadálso en trono, y para que un mismo objeto pueda servir siempre, no cambia mas que el color del terciopelo.

MON. (*Se levanta, y alarga á Cristina la carta que acaba de escribir.*) He concluido, señora. No sé si el escrito os gustará, leed.

CRIST. (*Firmando sin leer.*) No, no: es inútil. ¡Ah! En mi gabinete he dejado el sello real.

MON. Le tendréis al instante.

(*Váse.*)

ESCENA VI.

CRISTINA *sola.*

¡El sello real! ¡el sello real! en otro tiempo inspiraba respeto al mundo, y le infundia temor. Ahora debiera hacer grabar en él una aguja al lado de un uso. En el camino de los reyes el olvido cubre mi huella; mi nombre se pierde en el espacio, como un vano rumor; ya no es mas que un eco repetido por el eco; y asisto viva á la posteridad. Creí que el mundo se ocuparía mucho tiempo de mi abdicacion, y me equivoqué. Pero aun puedo conseguir otro objeto, quiero conquistar otra vez el imperio que abandoné. Recobraré mi corona del mismo modo que la dí, y se dirá que tuve capricho por el trono. (*Cojiendo la corona.*) ¡Es posible que este débil peso haya fatigado mi frente, y que haya sufrido la humillacion de ceder el puesto á otro adorno! (*Colocándosela en la cabeza, y mirándose en el espejo.*) Y sin embargo me sentaba bien esta brillante diadema! Me acuerdo del dia en que el poder supremo pasó á mis manos de las de la regencia, en que delante de mi poder todo poder se disipó. ¡Ah! pronto volveré á ver por la trigésima vez el aniversario de tan fausto dia. (*Monaldeschi entra.*) Pueblo, senado, ejército, todos en fin inclinados en mi presencia, juran reconocerme y obedecer mis órdenes. Sentada en un trono de plata acojo sus homenages; me comprometo á respetar sus derechos; y un grito de amor contesta á este solemne juramento... (*Viendo á Monaldeschi.*) ¡Gran Dios! ¡Monaldeschi! (*Quitándose la corona y colocándola en cima de la carta que acaba de escribir al Protector.*) De mi parte á Cromwell

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Un peristilo; dos puertas grandes en el foro.

ESCENA I.

MONALDESCHI *saliendo del gabinete de la reina, á poco* SENTINELLI.

MON. Todo sale á medida de mis deseos, y la reina que nada sospecha está preparando mis credenciales para Cromwell: aqui debo esperarla. Saldré de Francia en clase de embajador, y no fugitivo como habia pensado. (*Volviéndose.*) Alguien viene: es Sentinelli.

SEN. ¿Es cierto que os dignais aceptar el puesto de embajador cerca de milord Protector?

MON. Me honro con este título.

SEN. Os doy el parabien; pero procurad volver cuanto antes á Fontainebleau.

MON. ¿Y por qué?

SEN. ¿No sospechais que pueda quedar en esta corte alguna persona que á fuerza de obsequios y fina complacencia, haga olvidar á la reina vuestra ausencia?

MON. Cuando yo me haya separado de Cristina, podrá presentarse aquel á quien yo desbanqué.

SEN. Bien mirado debeis estar tranquilo, porque, quien quiera que sea ese fiel servidor, nunca podrá copiar exactamente su modelo. ¿Sabrá por ventura recojer el abanico ó presentar el guante con la elegancia que vos? ¿Arreglar todas las menudencias de una ceremonia, coordinar la agradable armonia de una comida, y en fin presentar á la reina el corcel, y hacer con su mano un estribo con la soltura y buen gusto que tanto os distinguen? Por lo que á mi hace reconozco desde luego mi inutilidad.

MON. ¡Oh! teneis formada de vos muy equivocada opinion, pues cuando yo obtuve el favor, no fué sin que me le disputaseis, haciendo valer esos mismos derechos que ahora fingis ignorar.

SEN. Es cierto; pero la reina, haciendo justicia á entrambos, os nombró á vos caballerizo mayor, y á mí capitan de sus guardias. Ambos le damos pruebas de nuestro afecto en el desempeño de nuestro respectivo deber: el vuestro os consagra á divertir á S. M.: el mio me impone obligaciones que hacen resaltar menos mi celo; y cuando por mandato de nuestra soberana marcho á la guerra, peleo en los caballos que vos me ensillais.

MON. Si preciso fuese, sabria probar que mi ministerio se estiende mas allá de lo que decis.

SEN. ¡Tanto mejor, marqués, tanto mejor! porque no está lejos el dia en que la reina necesitará á todos sus amigos; y entonces se verá quien de los dos se queda atrás, quien de los dos teme mas por su vida, y quien de los dos cumple mejor sus juramentos.

MON. Los vuestros tendrán necesidad de tan solemne prueba, porque muy pronto los empañará alguna ligera nube.

SEN. Esplicaos.

MON. La reina lo hará por mí cuando llegue el caso.

ESCENA II.

Dichos, CRISTINA, PAULA *con la carta para* CROMWELL.

CRIST. Respetando mi real presencia habeis contenido hasta ahora el odio que os teneis, y si algunas veces sorprendia vuestras amenazadoras miradas, os dignabais al menos sofocar vuestros acentos; pero me pondreis en la necesidad de enviar al uno á Inglaterra, y al otro á Suecia para terminar tan obstinada guerra?

SEN. El uno ha consentido ya en ese destierro, y el otro solo aguarda á que vos hableis para saber si debe quedarse ó marchar.

CRIST. El marqués no va desterrado: le confio poderosos intereses, y antes de que se marche pienso darle una prueba de que conserva todo mi favor. Volved esta noche, Monaldeschi, y mi última audiencia os dará una nueva garantía de mi confianza. Permito que Pablo os acompañe.

PAU. Estoy pronto.

(*Vánse Paula y Monaldeschi.*)

ESCENA III.

CRISTINA, SENTINELLI.

CRIST. ¿Segun veo, conde, es muy dulce el título de desterrado?

SEN. ¿Por qué?

CRIST. Cuando uno se ofrece á tomarle es porque en conciencia se cree con derecho para pretenderle,

y porque calculando el peligro de algun fallo, recibiría el destierro como especial favor.

SEN. Antes de aceptar cualquier favor, señora, quiero saber por qué se me concede; y al mismo tiempo mi corazon es demasiado orgulloso para admitir menos de lo que he merecido.

CRIST. Seré justa; pero no sé aun que recompensa merecen unos servicios que ignoro. Este pliego que ha llegado á mis manos me lo indicará tal vez si teneis á bien manifestarme su contenido.

SEN. ¿Y por qué ha esperado la reina mi consentimiento para saber lo que por sí sola podia descubrir? Esa carta ha sido por vos sorprendida, y debiais abrirla.

CRIST. No me conoceis, conde, si me juzgais capaz de querer penetrar vuestros secretos faltando al sagrado de la correspondencia. A pesar de que he visto en ella con algun sobresalto las armas del traidor La Gardie, y á pesar de que he creido que contenia alguna traicion, he resuelto sin embargo que la abrieseis vos, y la abrireis aun cuando de ello resultase mi perdicion. Abridla, y si despues de haberla leido os dignais enseñarmela, complacereis en estremo á vuestra reina.

SEN. En efecto anuncia una noticia bastante estraña; revela un complot, contra vos tramado... Solo os habeis equivocado, señora, en el nombre de su autor. Leed.

CRIST. ¡Monaldeschi!... ¿Y quién me asegura que no es un lazo para perder un ribal?

SEN. Leed; él mismo se acusa al conde La Gardie.

CRIST. (*Leyendo.*) «SEÑOR CONDE:

»Imperiosos motivos me obligan á abandonar el servicio de la reina Cristina, y á retirarme á Suecia bajo la proteccion del rey Cárlos-Gustavo; he pensado que el mejor medio de asegurármela era revelarle el complot que contra él trama la reina: dignaos pues entregarle las adjuntas cartas, que son otras tantas copias de las que ella ha escrito á los príncipes que deben ayudarle á llevar á cabo su

proyecto. Si conociese un hombre que tuviese mas motivos de queja de la reina que vos, á él me dirigiría. A fin de alejar toda sospecha, y de evitar toda sorpresa, he creido que el medio mas seguro de avisarme que habeis admitido, y desempeñado la comision que os confio, es escribir á Cristina acusando de la revelacion que os hago, á nuestro enemigo comun, el conde de Sentinelli. — Con una sola palabra que la reina me diga, sabré si debo retirarme bajo la proteccion de nuestro augusto amo el rey Cárlos-Gustavo.

»El marqués, JUAN DE MONALDESCHI.

»FONTAINEBLEAU 5 DE OCTUBRE DE 1657.»

¡Y es mi enemigo el que me revela la traicion de mi amigo! ¡Me salva el que yo desterré!... Sin embargo estaba interesado en ocultarme este misterio, porque Cárlos-Gustavo le ha colmado de honores.

SEN. Pero Cárlos-Gustavo está próximo á morir como me lo anuncia el mismo La Gardie, escuchad: (*Leyendo.*) «Os envio, señor conde, la prueba de un horroroso complot tramado contra nuestra reina, y contra vos que sois uno de sus mas fieles servidores. Reclamo de vos por toda recompensa que hagais entender á la reina que á mí me debe esta revelacion; tal vez se convencerá del pesar que esperimento por haber incurrido en su desgracia. En cuanto al momento, no podia elegir uno mas favorable. El rey se ha roto una pierna al caer de su caballo, y los médicos le han desauciado.

»EL CONDE MAGNUS DE LA GARDIE.

»20 DE OCTUBRE DE 1657.

CRIST. Ya comprendo; Magnus ve que la vida del rey toca á su término, y como buen cortesano presta ya juramento de fidelidad á su reina futura. El sol de Gustavo llega á su ocaso, y espera un rayo del sol de Cristina. Por lo que á Monaldeschi hace le ocultaré que conozco su traicion, porque quiero que él mismo dicte su sentencia; tendrá que someterse

á ella, y solo ejecutaremos lo que él prescriba. (*Señalando á Sentinelli su gabinete.*) Desde el gabinete podreis oir nuestra conversacion; no perdais ni olvideis una sola palabra de ella. (*Sentinelli entra en el gabinete.*) ¡Hola!

(*Entra un criado.*)

CRIST. Diles al instante que la reina los aguarda aqui á los tres.

CRIADO. Señora, V. M. no me ha dicho...

CRIST. Tienes razon: mi gentil-hombre, mi dama de honor, y ese italiano que se titula hombre, ese italiano á quien he hecho marqués y caballerizo mayor (*Váse el criado*) y que tan mal corresponde á mis beneficios. ¡Hola! (*Entra otro criado.*) Gultiero, corre á la abadia de los trinitarios, no pierdas un momento, pregunta por el padre Lebel, y dile de mi parte que se digne venir al momento á palacio. Avísame cuando llegue. No te detengas. (*Váse Gultiero.*) ¿Oís bien lo que se habla, Sentinelli?

SENT. Sí, señora.

CRIST. ¡Mucho tardan! ¿Tanto tiempo se necesita para avisar á tres persona? ¡Ya los oigo venir!

ESCENA IV.

Dichos, EBBA, *y á poco* STEIMBERG, MONALDESCHI, *y* PAULA.

CRIST. (*A Ebba.*) ¿Vienes sola, Ebba?

EBBA. Sola.

CRIST. Me alegro, escucha: tengo algunas sospechas de uno de mis servidores; y quiero sondear su alma acusando á todos los que me rodean, por consiguiente date por avisada de que cuanto diga nada irá dirigido contra tí.

EBBA. Los beneficios de que vuestra bondad nos ha colmado salen garantes de nuestra fidelidad.

MON. (*Entrando con Steimberg y Paula.*) Nuestra fidelidad!.. ¿supongo que la reina no dudará de ella?

CRIST. No, pero no alcanzo como puedan ser conocidos en Stockolmo con todos sus detalles unos pensamientos, y unos secretos que solo he confiado á amigos sinceros, y cuya importancia debian haber apreciado en su justo valor.

MON. (*Mirando á Paula.*) ¡Ah!...

CRIST. Pero como aun ignoro quien sea el autor de la traicion que sospecho, no acuso á nadie.

MON. (*A Paula.*) La Gardie ha hablado.

CRIST. (*Continuando.*) Mas debo creer que se halla entre mis amigos, y vosotros os contais en el corto número de ellos.

STEIN. (*Señalando á Ebba.*) Supongo, señora, que no habreis sospechado un momento de la inocencia de mi esposa; y en cuanto á mí, creo me conoceis demasiado...

MON. La inocencia se espresa con ese acento de verdad. No, no se os cree culpable de tal crímen; y tal vez podria yo guiar á la reina... pero acusar á un ausente...

CRIST. ¿A un ausente decis? ¡Indudablemente os inspira, marqués, el aprecio que me profesais! Yo tambien tengo mis sospechas acerca del verdadero culpable; Sentinelli...

MON. (*Con viveza.*) Habeis pronunciado su nombre: él es el traidor, y el tiempo lo descubrirá. Pero una vez probado su delito no debeis dar oidos á la clemencia, no debeis perdonar jamás tan sangrienta injuria.

CRIST. ¡Me complace mucho, marqués, el ver cuan desagradable efecto os causa el ultrage que se me ha hecho! — ¿Y qué merece el autor de tan negra bastardia?

MON. (*Vacilando.*) Merece...

CRIST. Hablad mas alto.

MON. El miserable que se ha hecho culpable de alta traicion para con su rey, sin que le sirva de dis-

culpa el haber sido engañado, merece la muerte sin compasion, ni perdon.

CRIST. ¡La muerte!... Y puede acaso vengar sus ultrages una reina espatriada en un pais en que no tiene jueces, ni verdugos?... ¿Decid, si yo le condenase le matariais vos?

MON. Os ofrezco ejecutar la sentencia si Sentinelli es culpable; y si yo lo fuese le aceptaria á él en justo cambio por juez y por verdugo.

CRIST. Ya que vos habeis indicado la pena, yo os doy mi real palabra de que el infame que ha cometido tan bastarda villanía no obtendrá de mí compasion, ni perdon. Dejadme.

(*Entra en el gabinete en que está oculto Sentinelli.*)

PAU. ¿Marcharemos, marqués?

MON. Sí, toma un caballo, y esperame á la puerta del jardin. Yo voy á ensillar el mio, y vuelvo á tomar unos papeles y oro.—A la puerta del jardin.

(*Váse con Paula.*)

CRIST. (*Entrando con Sentinelli.*) ¡Os le entrego!.. Dentro de una hora á lo mas debe haber dejado de existir.

(*Váse.*)

ESCENA V.

SENTINELLI, CLAUTER, LANDINI.

SEN. (*Llamando á los dos soldados que estan de centinela á la puerta.*) Hola, acercaos. Por falta de verdugo y de cadalso se necesita que segunden mi espada otras dos, cuyas hojas hábilmente templadas se adapten para el caso á dos vigorosos brazos. (*Dándo encima de la vaina de sus espadas.*) ¿Seré tan feliz que las haya encontrado ya? A ver, contestad.

CLA. Eso segun, capitan: ¿Con qué intencion?..

SEN. El hecho es el siguiente: la reina ha descubierto un traidor entre sus servidores, y quiere deshacerse de él. Yo estoy encargado de terminar el negocio.

LAN. ¡Es un asesinato lo que se nos propone!

CLA. ¡Demonio! ¡un asesinato!

SEN. ¡Oh! nada de eso; egecutaremos una sentencia. ¿Comprendeis?

LAN. ¡Y tanto! como que podeis dirigiros á otro; no conteis conmigo.

CLA. Ni conmigo.

SEN. ¿Os habeis vuelto cobardes?

CLA. Nó, pero rehusamos.

SEN ¿Rehusais?

LAN. Sí.

SEN. ¡Y tú tambien, Landini, el famoso duelista! Advierte que solo se trata de añadir otro triunfo á los muchos que ya cuentas.

LAN. ¡Oh! no es el mismo caso, mi capitan.

SEN. Ya se vé que no, tu despachas á un hombre gratis, y yo te ofrezco cien ducados por una estocada en regla.

LAN. El oro que el asesino recibe por su salario está maldecido, y nunca tiene buen fin.

SEN. ¿Por lo visto he hecho mal en contar con vosotros? Vamos, reflexinadlo bien.

CLA. Está decidido; no podemos...

SEN. Llamad á Mandeville.

LAN. ¿Cómo?

SEN. Será mas dócil, tendrá menos escrúpulos, y se encargará de buscar un compañero.

LAN. (*A Clauter.*) Sabes qué digo; que si está decidido que muera, pienso que podemos ganar tambien como Mandeville la recompensa.

CLA. Ya se vé que sí, y yo no sufriré nunca que ese condenado toque cien ducados en detrimento mio.

LAN. Vamos á ver, capitan; ¿está decidido que debe morir?

SEN. Irremisiblemente.

LAN. ¿Y no le queda ninguna esperanza de vida?

SEN. Ninguna.

CLA. Hemos mudado de parecer.

SEN. ¿Aceptais?

LOS DOS. Sí.

SEN. Bien.

CLA. (*A Landini.*) A propósito, se nos ha olvidado preguntar su nombre.

LAN. ¡Ah! si, ¿cómo se llama?

SEN. Monaldeschi.

LAN. A ese hombre le tengo miedo, capitan; cuenta con muchos amigos en Roma.

SEN. Tendreis cien ducados y la absolucion.

LAN. Un ducado creo que vale cuatro libras diez sueldos, y cien ducados hacen cuatrocientas...

CLA. No te calientes la cabeza ahora, cuando recibamos la suma, que es bastante considerable, lo calcularemos con mas facilidad, respondeis de las cuatrocientas, capitan?

SEN. Respondo.

CLA. ¿Se nos perseguirá?

SEN. De ningun modo, y cien ducados...

CLA. Lo dicho, contad con nosotros...

SEN. Yo me encargaré de prenderle. Colocaos vosotros aquí. (*Los coloca á cada lado de la puerta. Sacando la espada y doblándola.*) Vamos, mi fiel compañera, probémosle que estás templada en Toledo. Muchas veces me has salvado la vida; no me hagas traicion hoy, que es cuando mas te necesito.

(*Entra en el cuarto de Monaldeschi.*)

ESCENA VI.

CLAUTER y LANDINI *á cada lado de la puerta; el padre* LEBEL y GULTIERO *se presentan para entrar.*

CLA. Atrás.

GUL. Tengo contra-órden para él solo.

LAN. Que pase.

LEB. (*Entrando en el cuarto de la reina.*) La paz de Dios sea con vosotros, hermanos.

LAN. (*Señalando al padre Lebel.*) Ese está en el secreto.

CLA. Estarias muy ageno, Landini, de que nos habiamos de encontrar hoy cien ducados?

LAN. (*Mirando con inquietud.*) ¡Cien ducados! Aun no los tenemos en el bolsillo.

CLA. ¿Quieres jugar tu parte? Si yo pierdo te cedo mis derechos.

LAN. No hay inconveniente. ¿Pero á qué la jugamos?

CLA. Tengo dados. ¿Quieres que la juguemos de una tirada?

LAN. ¡Demonio! á una tirada es mucho; cien ducados no se encuentran en la calle.

CLA. Pues no juego. No tendriamos tiempo para mas.

LAN. Bien, me conformo; te cedo la mano; juega. (*Clatter menea los dados. Landini le detiene la mano.*) ¡Silencio!.. ¡escucha!.. ¡me he engañado!

CLA. ¡Cinco!—¡Maldito sea el juego! Te doy la cuarta sino tiras.

LAN. ¿Que mas querrias tú?

CLA. (*Landini saca cuatro.*) Despacha.—¡Cuatro!

LAN. ¡Aguarda! ¡aguarda!

CLA. No crecen; uno y tres cuatro.

LAN. ¡Estos dados estan maldecidos! cien veces seguidas habria ganado: mira... diez.

CLA. ¿Eso quien lo duda? pero has perdido, y como sabes, las deudas del juego son sagradas.

LAN. No hables tan alto.—Aun no tienes tu parte, y yo he perdido ya el precio de una sangre que todavía está caliente.

CLA. Alguien viene.—Estemos prevenidos. Me debes cien ducados.

LAN. (*Con voz sombria.*) ¡Maldito sea el juego!.. Y le he de matar gratis!.. Bien mirado es una infamia dar por amor de Dios un golpe que condena nuestra alma!

ESCENA VII.

Dichos á cada lado de la puerta. SENTINELLI *saliendo de la habitacion de* MONALDESCHI.

SEN. Hemos perdido mucho tiempo, y el traidor ya hace rato que ha salido. (*Con furor.*) ¡Oh! y si no volviese, ¡como me vengaria!.. pero nó, él mismo ha preparado el lazo... todo lo tiene dispuesto en su habitacion para escaparse al menor acontecimiento... Volverá... y cuando vuelva pasará seguramente por aquí, y yo le saldré al encuentro!.. ¡Demasiado tiempo han quedado impunes las afrentas que he sufrido. La maldicion del cielo caiga sobre tí!

LEB. (*Saliendo del cuarto de la reina.*) Recibid mi bendicion, hijo mio.

SEN. (*Mirándole como se aleja.*) ¡Me bendices antes que el muera! ¿me bendecirás tambien dentro de una hora? (*Dirigiéndose hácia él.*) Me asaltan mil crueles dudas, quiero consultarle. (*Retrocediendo.*) Y si vituperase mi conducta!—Prefiero dudar. Y sin embargo siento aquí, en el alma una voz que me dice sordamente.—¡El asesino es infame!.. ¡Si le llamase!—¿Pero soy acaso un asesino? ¿No se le puede aplicar á él con mas justicia este dicho? ¿Nó queria que recayese en mí la sospecha del delito?.. Sabia que la muerte reservada al culpable heriria al inocente; y ha vacilado por ventura en ofrecerse á derramar mi sangre?—No.—Tenia sed de ella, y con tal de apagarla habria sido capaz de encargarse del papel de verdugo para ejecutar la sentencia suprema, sin esperimentar remordimiento alguno; y seria yo tan débil que los tuviese!.. (*Mirando á la ventana.*) ¡Cuánto tarda en volver!.. Mi mano es inocente pues cede al influjo de otra mas poderosa.

(*Señalando á los soldados.*) Y no le heriré como esos miserables, por un puñado de oro... (*Mirando otra vez á la ventana.*) Aun no viene!.. ¿Pero por qué trataré de engañarme á mí mismo? ¿Acaso consiento en herirle para vengar los derechos de la diadema? No; le heriré para que no pueda escapar á los verdugos; para igualar su pena á mi ofensa; para que sufra en un dia lo que yo he sufrido en cinco años; para oponer al desprecio con que me abrumó su orgullo, la hoja de mi acero... (*Mirando.*) ¡Alli está!.. ¿Pero es él? No; si, si, mi vista se turba... El es. Su caballo se acerca á la carrera: está cubierto de blanca espuma; se encabrita... si habrá olido ya la sangre?.. Cede á tu espuela; ya has entrado en este fatal castillo, y no ves en el término del camino á un espectro que te espera con un puñal en la mano! (*Mirando.*) Pero... ¿qué hace? Vacila... se para... ¿si me habrá visto?—No; sin duda se preparaba... va... eso es,—bien; haces lo que yo quiero: apéate del caballo, acaríciale porque te ha traido con mucha rapidez; abandona su brida á un escudero, y dile que hoy ha sentido por última vez el peso de su insolente amo!. Otro paso, otro paso, Monaldeschi... y caes en mi poder... (*Asomándose á la ventana.*) Va á pisar el umbral—¡bien!.. ya ha puesto un pie en la sepultura... ¡los dos!.. ¡ah! mi corazon salta con rapidez, cuando mi seno apenas está agitado!.. Sin prever la suerte que le espera sube ya esas gradas que no volverá á bajar vivo, y si despues de muerto no esperimenta su corazon algun vago terror... (*Escuchando.*) ¡Dios mio! ¡el ruido de sus pasos! ¡corre al término que nadie evita! ¡le oigo! ¡le veo! — ¡Pronto ha venido!

ESCENA VIII.

SENTINELLI, MONALDESCHI; *los dos* SOLDADOS.

MON. (*Entrando.*) ¡Sentinelli!

SEN. ¡Al fin venis!=Me sorprende tanta lentitud de parte de mi acusador, pues debia creer de su ardiente celo qué procederia á mi interrogatorio sin levantar cabeza.

MON. ¡Sentinelli solo—guardado por dos soldados! ¿Si estará preso?

SEN. ¿No contestais, marqués?

MON. ¿Que quereis que os conteste, conde? Que no creia que tan pronto se hiciese sentir el rigor de la reina... Pero esos soldados.

SEN. Preciso es decirlo; esos soldados guardan á un preso.

MON. No me equivoqué.

SEN. Ya sabeis que la reina trata de descubrir á un traidor, y no debeis ignorar que se han cumplido sus deseos: el culpable está preso.

MON. Lo sé, conde.

SEN. En este momento me acaba de decir la reina, que os consultó acerca de la pena que debia imponérsele, y que vos la habias aconsejado que fuese la de muerte.

MON. Es cierto.

SEN. Y me ha dicho tambien, que llevando en esta ocasion al esceso el amor que la teneis, os habiais comprometido á ser el ejecutor, tan pronto como se conociese al autor del complot.

MON. Tambien es cierto.

SEN. Y ahora que ya ha sido descubierto el culpable, y que debe sufrir sin remision, antes de que acabe el dia, el castigo que vos le habeis impuesto, ¿seguis en el mismo propósito?

MON. Sigo.

SEN. ¿Y seguireis en él sea cual fuese el acusado?

MON. Seguiré.

SEN. Y si en ese delincuente encontrase vuestro corazon un amigo antiguo á quien hubiese alejado de vos, mas que la ingratitud, una de esas intrigas tan frecuentes en los palacios de los reyes, podia esperar que un grato recuerdo desviase el puñal asestado contra su pecho?

MON. No.

SEN. ¡Y si el mismo procurase, como última esperanza, mitigar el rigor de esta sentencia suprema: si dispertando la piedad en vuestra alma os recordase los dias de una antigua amistad: si apreciando la vuestra en su corazon os recordase tambien los tiempos en que viviais el uno para el otro y en que encontrabais vuestra felicidad en la suya: si alargándote la mano te digese: yo soy ese amigo!

MON. ¡Le apartaria de mí!

SEN. Y si en los postreros momentos emplease el acento de la santa súplica; si te digere.—Amigo, tú no herirás al hombre á quien tantas veces has estrechado en tus brazos; al hombre á quien veias contento cuando eras feliz, y triste cuando te aquejaba alguna pena; al hombre que te sostenia con un sueño de esperanza, presentándote risueño el porvenir? Y si dejando á un lado los dias de adolescencia, te recordase los dias mas lejanos y mas puros de la infancia, que pasaban exentos de amargura y de hiel, en una misma tierra y bajo un mismo cielo; si opusiese á tu ódio los poderosos recuerdos de la tierra natal, en la que el dia de hoy aparece mas puro y mas hermoso que el de ayer; en la que el sol que la alumbra es ligero á la tumba: si te probase que puede burlar á sus verdugos sin perderte, é ir á morir en un rincon del mundo para todos ignorado. si en su amargo dolor presentase á tu corazon las lágrimas de su madre; te compadecerias de él, cuando le vieses caer á tus pies?

(*Se arrodilla á los piés de Monaldeschi.*)

MON. (*Llevando la mano al puñal.*) Le coseria á puñaladas.

SEN. (*Levantándose.*) En nombre de nuestra reina infamemente engañada, entregadme vuestra espada, Juan de Monaldeschi. (*Los dos soldados prenden á Monaldeschi.*) A este hombre acusado de alta traicion le concedo este cuarto por cárcel; y mientras se prepara su muerte vosotros me respondeis de él con vuestras cabezas.

(*Los dos soldados se llevan á Monaldeschi á su cuarto. Sentinelli entra en el de la reina. Paula aparece en el foro.*)

FIN DEL CUARTO ACTO.

ACTO QUINTO.

Salon: una puerta grande lateral que dá á la galeria de los ciervos. Puerta en el foro.

ESCENA I.

MONALDESCHI *sentado al lado de una mesa con la cabeza apoyada en ambas manos. Se levanta de pronto.*

Otra vez me he equivocado, nadie viene, y solo oigo los pasos de los centinelas. (*Acercándose á la puerta y escuchando.*) Hablan bajo... los oigo reir... se reparten oro... ¿qué significa ese oro en poder de soldados?.. yo tambien tengo oro... ¿y si con su poderoso atractivo tentase su fidelidad?.. pero podrian rehusarle y denunciar mi oferta!.. Dirian que tengo miedo; ¡miedo!... hasta el inocente debe disimular cuando tema. (*Sonriéndose.*) Quiero tambien que mi semblante lleve el sello de la serenidad que es el de la inocencia! ¡Sé componerle! (*Con terror.*) ¡Gran Dios! ¿qué es lo que oigo? (*Escuchando.*) ¡*La reina quiere que muera, y no hay remedio para el marqués*!.. ¡No hay remedio para mí!.. ¡quiere que muera!.. ¡Oh cielos!.. ¿por dónde huiria?.. ¿esa ventana?.. está á veinte pies del suelo... pero tambien es la única salida que me queda; todas las demas están cuidadosamente guar-

dadas. Y si por casualidad llegase ileso al suelo, nada tendria ya que temer, porque ese patio está siempre desierto, mientras que aqui nada bueno puedo esperar de un poder que me odia. (*Yendo á la ventana.*) Cerraré los ojos al tirarme, (*abre la ventana.*) de todos modos está decidido que muera.... ¡Oh! . ¡mal haya mi suerte!.. ¡Hay un centinela!.. ¡Oh!.. ¿que haré, Dios mio?.. socorredme... ¡Oh! á cada momento se hace mayor el terror que me atormenta... ¿Que será de mí?.. Si mis súplicas y oraciones consiguen apartar de mi seno el puñal homicida (*Cae de rodillas*) juro solemnemente legar todos mis bienes á la iglesia, y pasar el resto de mis dias en el claustro. (*Levantándose.*) Si al menos lograse tranquilizar mi espíritu tal vez podria encontrar una salida por donde escapar. (*Yendo á la puerta de la galeria de los Ciervos.*) ¡Está!.. está cerrada... ¡Oh! no podré conseguirlo, y oigo una voz que me dice: ¡morirás! Es la voz constante y dolorosa del sepulcro, voz cruel para el sentenciado... El menor ruido me hace estremecer, y ya veo á todo ese bárbaro pueblo que deseoso de presenciar el terrible espectáculo que se le prepara, viene á espiar la palidez en mi rostro á dar un grito de alegria al ver rodar mi cabeza y á buscar en el cadalso el deleite de la sangre. (*Cayendo en un sillon.*) Pero nó, tranquilicémonos porque la que me acusa, debe conocer que Cárlos-Gustavo descubriria la causa de mi muerte por mas que ella tratase de ocultarla. Pero una mirada perspicaz vé lucir el puñal, donde falta el cadalso... Pueden asesinarme en esta habitacion retirada, y en este caso mi muerte quedaria ignorada... ¡Y quién me socorreria, quien acudiria á mis gritos si me sorprendiesen indefenso en este sitio? (*Descuelga de la pared una cota de malla y se la pone.*) Mi muerte seria entonces mas cruel y mas segura... ¡Me acuerdo del daño que hace una herida! ¡En un duelo me hirió un hábil espadachin.... y su espada entró tan fria!.. ¡Y estoy destinado á sufrir tan

horroroso suplicio! ¡Oh! no, es imposible! Cristina no puede reservarme esa muerte; y ademas yo ya la he evitado. (*Se dá con el puñal encima de la cota de malla.*) Bien, no entran. ¡Asi podré retardar la hora fatal!—Ya estoy mas tranquilo. (*Mirándose en un espejo.*) ¡Dios mio! ¡que pálido estoy!.. Tambien hace frio.=Pronto á consumirse no puede ya volverse á encender este fuego que se ha apagado. (*Yendo á la ventana.*) El dia es tenebroso, el sol de otoño despide sin calentar su monotona claridad. Ese sol que la primavera vió tan hermoso, se parece ahora á un moribundo que se aproxima al sepulcro. La tierra tiene tambien como nosotros su hora fatal, y tambien es fria para ella la mortaja de nieve. (*Paula entra sin que Monaldeschi la vea.*) ¡Italia!.. ¡Italia!.. en tu delicioso clima siempre es puro el cielo y radiante el sol. ¡Oh! ¿por qué llevado de la esperanza de una brillante esclavitud, abandoné tus riberas, hermoso Arno? ¡Campos paternales, casa que habitan mis abuelos, aun os veo cuando cierro los ojos: cada objeto me presenta su agradable imagen! ¡Ya veo un árbol, ya una flor, ya un matorral, ya una hoja. ¡Ah! cuanto os echo de menos debajo de estos dorados artesones! (*Viendo á Paula.*) ¿Qué hacias aqui?

ESCENA II.

MONALDESCHI, PAULA.

PAU. Nada, escuchaba.

MON. ¡Oh! perdona, Paula, no me acordaba, ¿puedes salvarme? No lo dudo; estas ligada á mi destino, y me traes la esperanza. Todo lo habia olvidado.

PAU. Yo nada; hablabas del Arno y de sus hermosas ri-

beras, y tu rebelde memoria no te acordaba el dia que me digiste: te amo, Paula! Sé mia, y prometo á mi querida que pronto será mi esposa, un amor cual nunca ha inspirado mujer alguna; y lo juraste por el cielo y por la tierra... comprendistes mis miradas aunque nada contesté. Mas adelante, debajo de un cielo sombrío, juré yo que te seguiria como una sombra, que á la hora de tu muerte me encontrarias á tu lado; ¡y aqui estoy! ¿cual de los dos ha cumplido mejor su juramento?

MON. ¡Cómo! ¡Paula! ¡Paula!.. ¿no me queda ninguna esperanza?.. ¿he de morir?.. ¿díme al menos cuanto tiempo me resta de vida?

PAU. ¡Podemos disponer de un cuarto de hora!

MON. ¡De un cuarto de hora! ¡Dios mio!

PAU. ¡Vuelve en tí, marqués! ten valor.

MON. ¡Valor!.. le tendria, Paula, en medio de un combate, porque el olor de la pólvora, el estampido de los cañones, el choque de las espadas, el ruido de los instrumentos bélicos y los lamentos de los heridos, nos inflaman, nos hacen arrostrar los peligros, y hasta embriagan nuestra alma con el deseo de morir por la gloria! Tendria ese valor, Paula, que tu tratas de infundirme, si la clemencia de Dios hubiese prolongado mis dias, si mi cabeza encanecida y encorvada hubiese visto huir sesenta primaveras; si me hubiesen abandonado uno á uno todos los placeres que ahora formaba mi deleite. La muerte nos es menos sensible cuando se acerca por grados, y el alma se separa del cuerpo sin dolor ni pesar; pero sentir en su seno que el hierro quiere abrir un corazon lleno de vida, y tener que morir!

PAU. No hay duda que nuestra alma rechaza esa clase de muerte, ¿pero en ella misma no podemos encontrar nosotros un consuelo? ¡Cuántas veces me has dicho en aquellos momentos en que entregados á nuestro amor nos olvidábamos del mundo para reconcentrarnos en nosotros mismos: cuantas veces me has dicho en un instante de cariñoso arre-

bato: que feliz seria si exalase ahora mi último aliento! Si pudiese beber lentamente en tus labios un veneno, y pasar en tus brazos, y con los ojos clavados en los tuyos, de la vida á la muerte y de la tierra al cielo! Durante aquellos cortos instantes de delirio devorador, yo nada decia, pero ahora que conservo mi cabal juicio y que han transcurrido cinco años, te digo que estoy pronta.— Aqui tengo un veneno.

MON. ¡Veneno!

PAU. Su efecto es tan pronto como el relámpago.

MON. No, aun conservo alguna esperanza; la reina querrá verme antes de asesinarme. Si mientras tanto no consigo escapar, siempre me queda la esperanza de que en esa entrevista ablandaré su corazon... Morir antes de verla, seria abandonarme demasiado pronto á la desesperacion. Es mujer, me ama y puede perdonar. ¡No! ¡no! mas tarde!.. mas tarde recurriré á ese veneno cuando no me quede ningun recurso humano, cuando en mis postreros momentos esté á mi lado el ministro del Señor. Dádmele, Paula.

PAU. ¡Toma!

MON. ¡Mi vista se turba!

PAU. Esta sortija tiene dos secretos, cuando hayas apurado el veneno que uno de ellos contiene, me la devolverás para apurar yo el otro. Espérame.

MON. ¡Ah! Paula.

PAU. Sé hombre ahora. Nuestra vida en este mundo no es mas que un camino; luego que entramos en él se apodera la alegria ó el dolor de nuestras manos, y nos conduce á su término, donde nos aguarda la tumba, en la que cae nuestro cuerpo fatigado; pero el alma que nunca envejece se queda en la superficie acordándose de la eternidad, á no ser que un crímen horroroso la arrastre con nuestro cuerpo y la encadene á él.=Pero tú no debes alarmarte por el crímen que has cometido: vendiste á la que tanto te habia amado, desgarraste el inocente y tierno corazon que se habia entregado á tí, es

cierto... pero entre nosotros debe borrarse y olvidarse todo escepto los dias de felicidad y de alegria! =Arrodíllate, en virtud del poder que la desgracia me da; en nombre del Dios vivo, te perdono! Vamos, la muerte no es mas que un momento... Dios te ayude... Ahora puedes ya levantarte mas tranquilo para morir, porque vienen.

MON. ¡Oh! ¡tan pronto! ¡tan pronto dejar de existir!

ESCENA III.

Dichos, SENTINELLI, *dos* SOLDADOS *se pasean en el corredor oscuro que se ve mas alla de la puerta.*

SEN. Soy yo, marqués.=S. M. te aguarda.

MON. ¿Quiere verme la reina? ¡aun no debo perder toda esperanza! vamos, os sigo (*Retrocediendo.*) ¡Ah! ¿no has visto Paula cruzar dos hombres en esos sombríos corredores? ¡Si me esperarán con siniestros designios! (*Viendo lucir sus espadas.*) ¡Son asesinos!

SEN. ¡Vamos, marqués!

MON. ¡Paula! Paula! corre á buscar á la reina, echate á sus pies, suplícala, implorala que venga... ¡Dile que la aguardo aqui! Que venga... que se lo pido por Dios. Dile que quiero verla, que es preciso que la hable, que tengo que revelarla grandes secretos, que Cárlos-Gustavo vengaria mi muerte. No, no le digas eso... dile todo lo que creas que debes decirle. Haz cuanto puedas para que revoque la sentencia. ¡Parte, mi único amigo, mi libertador, mi ángel! ¡Ah! no me olvides en manos de mi verdugo.

PAU. (*Marchándose.*) Y tú no te olvides de enviarme la sortija.

ESCENA IV.

SENTINELLI, MONALDESCHI, CLAUTER y LANDINI *en el foro.*

SEN. Me canso de esperar.
MON. Concededme algunos minutos.
SEN. La reina espera vuestra contestacion. Le diré que no os atreveis á venir, temiendo que su justicia os castigue demasiado pronto?
MON. No, porque nada temo,—nada, conde; pero quiero cumplir algunos deberes, que mi situacion reclama.
SEN. Bin, cumplidlos, marqués, pero acabad cuanto antes porque la reina espera.
MON. Quiero escribir á mi madre.
SEN. Es justo,—y propio de un buen hijo.
MON. ¡Qué amargo será su dolor cuando llegue á su noticia que su hijo ha muerto!
SEN. ¿Has acabado?
MON. Ya acabo.
SEN. Vamos.
MON. Mis guantes, mi sombrero.
SEN. Ahi estan.
MON. No puedo presentarme á la reina sin capa.... permitid.
SEN. En esa silla la teneis.
MON. ¿Pero es la mia?
SEN. Sí, tomala... Vamos.
MON. (*Poniéndosela ya en un hombro ya en otro.*) Las manos me tiemblan, y apenas puedo tenerme en pie.
SEN. ¿Qué mas te falta?
MON. Este corchete está tan apretado...
SEN. (*Desenvainando el puñal y acercándose á Monaldeschi.*) Aguarda.

MON. (*Retrocediendo.*) ¿Qué quieres?

SEN. Ensancharle con mi puñal para evitar mas dilaciones.

(*Rompe la capa y el corchete.*)

MON. (*Enjugándose la frente con el pañuelo.* ¡He creido que se habia adelantado la hora de mi muerte! Tengo frio, y por mi frente corre helado sudor...

(*Deja caer el pañuelo y lo pisa.*)

SEN. ¿Aun quereis hacerme esperar mas?

MON. (*Inmóvil.*) ¡Ah! cuando he visto que levantaba el acero he creido que no volveria á pasar vivo el umbral de esa puerta.

SEN. (*Acercándosele.*) ¿Tendré que emplear la fuerza para obligarte á que me sigas?

MON. (*Llevándose la sortija á la boca.* ¡Adios ilusiones, á dios vida miserable!... ¡Ah! nunca tendré valor.. (*Corre á una columna en la que hay una Vírgen.*) ¡Protejedme, Vírgen Santísima!

SEN. (*Agarrándole del brazo y llamando.*) Ayudadme, vosotros.

ESCENA V.

Dichos, CRISTINA, EL PADRE LEBEL.

MON. ¡Socorro—es la reina! (*Viendo al padre Lebel.*) No venis sola. ¡Ah!

CRIST. (*Viendo á Sentinelli con la espada desenvainada.*) El celo os ciega, conde, yo no he dicho...

MON. No lo habiais dicho... ¡es verdad! ¡infame asesino, maldito seas!

CRIST. ¡Ah! no maldigais, porque en el borde del sepulcro la maldicion recae sobre el que la pronuncia. (*A Sentinelli.*) Aguardad un momento, conde, aun no es tarde; cuando salga, herid. Dadme las llaves, y dejadnos.

(*Vánse Sentinelli, Clauter y Landini. La puerta se cierra.*)

ESCENA VI.

CRISTINA, MONALDESCHI, EL PADRE LEBEL.

MON. Señora, no soy culpable, y contra mí se trama algun horroroso complot; debo por lo mismo...

CRIST. Hasta el asesino, marqués, tiene derecho para justificarse. El juez oye la defensa del culpable antes de firmar la sentencia de muerte. Hablad... retiraos un poco, padre Lebel.

LEB. Quiera el cielo que ese desgraciado aplaque vuestra ira.

CRIST. Os doy mi palabra de que procederé en justicia, ya sea que le absuelva, ya sea que le condene... Hablad, marqués, estamos solos.

MON. No puedo hacerlo, si no se me dice antes de que crímen se me acusa.

CRIST. Abrid esta carta y leedla... Creiais haber cubierto vuestro crímen con un secreto eterno? ¡Insensato!... ¿Temblais?... ¡Abrid esta carta! ¡Leedla, si sois inocente!

MON. (*Cayendo á sus pies.*) ¡Soy perdido!

CRIST. (*Al padre Lebel.*) Ya le veis, confundido á mis pies, abrumado bajo el peso de su propio anatema, despreciable para todos, y particularmente para sí mismo, porque escepto él nadie puede saber hasta qué punto le amaba antes de su traicion. Aqui le teneis ahora humillado, culpable y suplicante! A falta de remordimientos le agovia el dolor. Os le entrego, padre Lebel. Preparadle para responder á Dios.

MON. ¡Oh! ya no me queda mas esperanza que en vuestra clemencia que es inmensa á la par que vuestro poder. Sí, lo confieso, fuí estraviado porque me devoraba constantemente una duda cruel. Me abandonaba el valor delante de ese complot; porque

preveia que causaria muchas desgracias, y que podria hacer derramar mucha sangre, y muchas lágrimas; y para Dios las lágrimas y la sangre de un solo hombre, son tan preciosas como todo un reino!.. Como buen cristiano creí deber sacrificar mi felicidad por la de mis semejantes.

Crist. Teneis el alma muy grande, marqués, y me interesais... por lo que quiero infundiros alguna tranquilidad en vuestros postreros momentos. En los grandes cambios que se preparan no correrá ninguna sangre. Cárlos-Gustavo no muere víctima de un complot, sino de una caida de su caballo; el trono en que me voy á sentar no está manchado de sangre, y por eso La Gardie...

Mon. ¡Oh! ¡insensato de mí!... Soy un desgraciado que os suplica temblando que os compadezcais de sus remordimientos, y olvideis la injuria que os ha hecho. Imponedme toda clase de tormentos; estoy pronto á sufrirlos; pero no estoy preparado para morir.

Crist. Ya veis, padre, que le he oido como era justo sin prevencion, y sin odio. Otra vez os le recomiendo; preparadle á responder á su Dios. ¿Teneis algo mas que decir?

Mon. No, señora, ¡Oh! ¡todavia no! ¡mi voz os implora ahora por vos misma. ¡Quereis subir al trono! y vuestros pies se deslizarán en sus gradas empapadas en mi sangre; y dirán tambien cuando os vean sentada en él, que una mancha de esta misma sangre enmohece vuestra corona. Y tambien vendrá dia en que como vos me juzgais, os juzgará el Señor. Cuando os presenteis á las puertas del cielo con las manos cubiertas de sangre, qué direis á Dios?

Crist. Le diré: he defendido el principio sagrado de los reyes contra un hombre, cuya traicion me ha obligado á ser homicida. Con mis reales manos he pesado su crímen, y le he juzgado, Dios mio, como le hubiereis juzgado vos.

Mon. Veo con dolor que el alma de la reina es inflexible...

¡Oh! ¿Lo será tambien la de la mujer? Quiero recordar á vuestros pies aquellos momentos...

CRIST. (*Al padre Lebel.*) Separaos un poco, padre.

MON. Aquellos momentos en que quitándoos la diadema quedabais reducida á la clase de mujer, y me deciais. Te amo. Entonces estaba á vuestros pies como ahora, pero no para implorar la vida, sino para apoderarme de vuestra mano; (*la coje la mano.*) para apretarla contra mi corazon, para sellar en ella mis lábios, para deciros una palabra de amor á la que contestabais...

CRIST. ¡Marqués!

MON. ¡Oh! miradme; miradme á vuestros pies... No me acuerdo de que vuestra real voz dice que es preciso que muera, me acuerdo tan solo de lo que en otro tiempo decia. Ya no me importa que lanceis sobre mi cabeza el fatal anatema, sabré rechazarle con esta sola palabra. ¡Te amo, te amo!... hiere... Te amo... toma, toma mi puñal... ¿Oyes? te amo.. Hiere aqui... es mi corazon... hiere, y véngate tú misma sino quieres que te vuelva á decir que te amo.

CRIST. Dejadme... dejadme.—Padre.

MON. ¡Oh! calmaos. ¿Es la primera vez que aplacando tu ira, me ves á tus pies, y que me permites recobrar á tu lado mi puesto?... ¡Tú sabes que ningun otro sentimiento hizo latir nunca este corazon que tanto te ha amado constantemente!... Mírame... dicen generalmente que los ojos son el espejo del alma, clava pues tus inquietas miradas en los mios, porque no tengo necesidad de ocultártelos.

CRIST. ¡Oh! ¡es una debilidad indigna de mi corazon! Quisiera resistir, y me dejo arrastrar á mi pesar... Cambio vuestra suerte, y un destierro eterno....

MON. ¡Oh! ¡prefiero la muerte! Y si á ese precio perdona Cristina, yo rehuso la vida que me concede. ¡No volverte á ver!—No; prefiero sufrir un momento, á estar sufriendo toda la vida... Estoy pronto á morir.

CRIST. Aguardad, Monaldeschi, puede lucir aun el dia

en que me enternezaca vuestro arrepentimiento... Desde el trono al que me llaman mis derechos, si llego á sentarme, reina entre los reyes, mis ávidas miradas os buscarán entre los cortesanos que corran presurosos en pos de mí, y entonces seré yo la primera en llamaros. ¿Pero vos que hareis, mientras llegue ese momento?

MON. ¡Esperaré!

CRIST. Fiel á la fé que me habeis jurado, sin que otra...

MON. ¡Oh! para mí sois sagrada.

CRIST. Bien, marqués... y cuando volvais tal vez agradecereis el haber estado desterrado. Ahora aguardo..

MON. ¿A quién?

CRIST. A Pablo, ese jóven que os siguió á Stockolmo desde Roma. Hablaremos de vos algunas veces.

MON. (Habia olvidado que una palabra suya puede perderme...—Es posible, Paula, que te he de encontrar siempre en mi camino para desvanecer mis sueños de engrandecimiento! Es posible que has de ser siempre mi genio infernal... Esta sortija, esta sortija...) Permitidme que envie á ese page como un testimonio de amistad, como un recuerdo, esta sortija que muchas veces me ha pedido.

CRIST. Ese recuerdo, marqués, es digno de un buen amo. Le haré entregar á quien vos deseais.

MON. ¡Al instante!

CRIST. Al instante... A dios, marqués... Marchad por esa galeria... En las otras dos no encontrareis tan segura salida. El conde os aguarda, y reclama su presa. (*Al padre Lebel.*) Padre mio, en este momento han cambiado vuestros deberes. Debiais prepararle para morir, protejed su vida... A dios.

MON. (*Besándola la mano.*) ¡Tan pronto!

CRIST. (*Abriendo la puerta.*) Sí.—Gulrick, que llamen á Pablo.—Quiero verle.

MON. Está orando en la capilla.

CRIST. No importa; que venga al instante... Mas vale asi: ¿porque habia de castigar de muerte un crímen sin efecto? aun cuando me hubiese arrebatado la diadema, no me hubiese causado mas que un perjuicio

que yo misma me causé voluntariamente. Ese poder que lejos brilla con tanta viveza, no tenia para mí ningun atractivo cuando yo le poseia; y luego que haya recobrado mi corona, me encontraré con que el fastidio participará conmigo del trono. (*A Paula que entra.*) Venid.

PAU. ¿Estais sola?

CRIST. Sí.

PAU. (*Mirando al rededor.*) ¿Sola?

CRIST. Mirad...

PAU. Está con él un sacerdote... Señora, reservais algunas veces á los que os sirven espectáculos sublimes. Veo que habeis triunfado de los obstáculos. Eso es grande y bueno.

CRIST. Pablo, el marqués me ha dado esta sortija para vos.

PAU. (*Con alegria.*) Ah! traed.

CRIST. He prometido entregárosla.... Es un recuerdo de vuestro amo.

PAU. Y vos os habeis dignado encargaros de entregármela, ¿no es verdad? Os doy gracias, Señora, por vuestra bondad: ¡esta sortija tiene para mí mucho valor!

CRIST. ¿Palideceis, Pablo?

PAU. (*Llevándola á sus labios.*) No: bien venido seas, mensagero de la tumba. (*A Cristina.*) ¡Ah! recaiga sobre vos nuestra muerte.

CRIST. ¿Sobre mí vuestra muerte?... ¡Oh! habeis perdido el juicio ¿Qué contenia esa sortija, decid?

PAU. Veneno. El marqués prometió devolvérmela cuando fuese á espirar, y gracias á vos no he tenido que esperarla mucho tiempo!

CRIST. Pero el marqués no está sentenciado á muerte; va desterrado... le he perdonado, y tal vez dentro de poco se sentará á mi lado en el trono.

PAU. ¡Infame! nos engañaba á las dos.

CRIST. ¿A las dos?

PAU. Soy mujer.

CRIST. ¿Vos? ¡Oh! ¡todo lo adivino!... Desventurado...., (*Abriendo la puerta del foro.*) ¡Aqui conde! ¡Venid,

MEDIAS REPRESENTADAS EN TIEMPO DE LA RITA LUNA Y DE MAIQUEZ EN TAMAÑO DE 8.º

ate l' Epeé.
elina.
olfo y Clara ó los dos presos.
gamenon (tragedia).
i-Bek.
mantes generosos.
mor y la intriga.
varo (el).
ella labradora.
alifa de Bagdad (ópera).
ecilia y Dorsan.
ismoso (el).
lementeina y Desormes.
onde de Olbach.
Duque de Viseo.
Fulgencia ó los maniáticos.
Gombela y Suni-Ada.
Muger celosa.
Opresor de su familia.
Pablo y Virginia.
Padre de familia.
Presos ó el parecido (ópera).
Prueba caprichosa.
Reconciliacion ó los dos hermanos.
Solteron y su criada,
Virtud en la indigencia.
Un loco hace ciento.

SIGUEN LAS COMEDIAS EN 8.º

mor por el tejado ó la Marcela.
ndaluza en el laberinto.
tahualpa (tragedia).
lanca y Montcasin (id).
osque peligroso.
ruto ó Roma libre (tragedia.)
abeza de bronce.
adma y Signoris.
alavera (el).
aliche.
amila (tragedia)
asamiento por fuerza.
astillos en el aire.
itas (las).
itas debajo del olmo.
ocinero (el) y el secretario.
ondesa de Castilla.
onjuracion de Venecia.
ontrato anulado.
oquetismo y presuncion.
ostumbre de antaño
uantas veo tantas quiero.
Deber y la naturaleza.
D. Dieguilo.
D. Pedro de Portugal (tragedia).
D. Sancho García de Castilla.
Doña Maria Pacheco.
Dorotea (la).
Dos épocas.
Dos preceptores.
Dos sargentos franceses.
Edipo (tragedia).
Eduardo y Federica.
Efectos de un mal ejemplo.
Elvira portuguesa.
Enamoradizo (el).
Escuela de la amistad.
Escuela de los jueces.
Español y la francesa.
Guzman (tragedia).
Hipócrita.
Hipócrita pancista.
Hombre de la Selva negra.
Huérfana de Bruselas.
Huerfanita,
Imperio de las costumbres.
Indulgencia para todos.
Ir contra el viento.
Jóven de sesenta años.
Jugador.

Lo que son mugeres.
Lo que puede un empleo.
Lugareña orgullosa.
Marica la del puchero.
Marido de dos mugeres.
Mentira contra mentira.
Mi retrato y el de mi compadre.
Misantropía y arrepentimiento.
Morayma (tragedia).
Muerte de Abel (id).
Muger por fuerza.
Muger varonil.
Novia tapada.
Numa (tragedia).
Numancia destruida (id).
Opera cómica.
Oscar, hijo de Osiam (tragedia).
Pancho y mendrugo.
Pelayo (tragedia).
Polixena.
Rábula (tragedia).
Raquel (id).
Rey Eduardo.
Sancho Ortiz de las Roelas.
Sofonisba (tragedia).
Tal para cual.
Tonta (la) ó ridículo novio.
Treinta años ó vida del jugado
Vergonzoso en Palacio.
Viajante desconocido.
Vieja y las calaveras, ó la posad
Virginia.
Viuda de Padilla.
Una noche de novios.
Una travesura (ópera).
Zenobia y Radamisto.

MUSEO DRAMATICO.

Actriz, militar y beata.
Amante misterioso.
Arturo ó los remordimientos.
Al pie de la letra.
Caer en el garlito.
Caer en sus propias redes.
Celos.
Ciego.
Cuentas del zapatero.
Cartas del Conde-Duque.
De una afrenta dos venganzas.
Dos muertos y ningun difunto.
Duque de Altamura.
En paz y jugando.
Es un niño.
Enrique de Trastamara.
Espectro de Hiver-sein.
Favorita (la).
Gaceta de los Tribunales.
Galan invisible.
Halifax ó pícaro y honrado.
Hija de Cromwel.
Hijo do Cromwel.
Hijo del emigrado.
Idiota.
Ingeniero ó la deuda del hono
Madre y el niño siguen bien.
Marido desleal.
Novicio.
Opera y el Sermon.
Otra noche toledana.
Penitencia en el pecado.
Por no escribirle las señas.
Posada de la madona.
Quien será su padre.
Ricardo el negociante.
Robo de Elena.
Secreto de una madre.
Tio Pablo ó la Educacion.
Trapisondas por bondad.
Tercera dama duende.
Un amante aborrecido.
Ultimo de la raza.
Un mal padre.
Un casamiento provisional.
Un quinto y un párvulo.
Un rival.
Un soldado de Napoleon.